

TUPIZA

UN VIAJE HACIA LOS RECUERDOS

Hugo José Suárez

editorial
3600

HUGO JOSÉ SUÁREZ

Tupiza

Un viaje hacia los recuerdos

3600 editorial

Tupiza
Un viaje hacia los recuerdos
Hugo José Suárez

© Hugo José Suárez
© Editorial 3600

Edición y producción
Editorial 3600
editorial3600@gmail.com

Director
Willy Camacho

Cuidado de edición
Iván Barba

Ilustración de portada
Adrián Paredes

Diseño y diagramación
María Cristina Paredes

Depósito Legal:4-14802-2025
ISBN: 978-9917-643-65-4

Impreso en Bolivia
2025

A José María

Un libro, como un viaje, se comienza con inquietud y
se termina con melancolía

José Vasconcelos¹

Regreso a donde nunca estuve

Rubén Bonifaz Nuño²

1 “Libros que leo sentado y libros que leo de pie”, en Martínez, José Luis, El ensayo mexicano moderno I, FCE, Ciudad de México, 2016, p. 133.

2 Citado en José Carreño, “El escritor que regresa a donde dice no haber estado nunca”, en V. A., Homenaje a Rubén Bonifaz Nuño, UNAM / CONACULTA / FCE, Ciudad de México, 2013, p.13

ÍNDICE

Introducción	11
I. El último emprendimiento de José María Suárez Trigo	17
II. Los apellidos de Elena	39
III. Santa Rosa de Beatriz	51
IV. Un viaje hacia los recuerdos (2014)	65
V. El vestigio	79
VI. Tupiza desde La Paz	83
VII. El regreso	91

INTRODUCCIÓN

Todos tenemos historias de la familia que merecen ser contadas. Por mi parte, son demasiados los años que he ido acumulando las ganas de escribir este libro, un texto que recoja narraciones extraordinarias, personajes desconcertantes, objetos memorables, momentos inolvidables de aquellos años en los que mis abuelos vivían en su finca en Santa Rosa, a unos kilómetros de Tupiza, a mediados del siglo pasado. Como meticuloso coleccionista, fui acumulando en una pequeña cajita de recuerdos lo que veía y escuchaba hasta que, finalmente, pude darle forma en este documento ecléctico que reconstruye ese pasado.

Cuando éramos niños, teníamos un ritual que nos encantaba. Mi papá, que era aficionado a la fotografía, guardaba una nutrida colección de diapositivas de distintos momentos de la vida familiar. Como mis padres vivieron una temporada, a finales de los sesenta, en Madrid, papá tuvo la atinada iniciativa de enviar las fotos a sus padres acompañada por grabaciones orales. A su retorno, recuperaron las fotos —que no las voces, vaya a saber en qué manos quedaron— y las guardaron bien clasificadas. Pues bien, cuando llegaba el día, nos juntábamos los cuatro (mi padre, mi madre, mi hermana y yo) en la sala del comedor, quitábamos los cuadros de la pared, instalábamos el proyector, apagábamos todas las luces y empezaban a fluir las imágenes acompañadas de un relato. Ahí me vi de chico por primera vez, vi a mi hermana de bebé, aprecié los viajes y descubrí Santa Rosa y Tupiza. En alguna foto estaba mi madre montada en un caballo en la puerta de su finca, en

otra mi papá con un conejo entre sus manos, en una más mi abuela en la “casa chica”, mi tío jugando con los perros o los burritos. Era la ocasión para que, durante horas, nos transportáramos en el tiempo. Adoraba esos momentos, como una película en la que los protagonistas éramos nosotros.

Además, muchos de los objetos que nos rodeaban venían de aquel mundo, y cada uno nos transportaba a Santa Rosa. Que si la lámpara estaba en la antigua sala, que si la cómoda se la recuperó luego de una travesía, que si el cuadro casi se pierde, pero llegó a nuestros muros por caminos del azar. Las analogías también aparecían a diario: que los cerros son del color de los de Tupiza, que el ruido del río recuerda a cuando llovía en la finca, que si el invierno no es tan extremo como cuando vivían allá. Y de complemento, las visitas, las cartas, las oídas de cosas que pasaban en el sur del país. La presencia de Santa Rosa era tal que decidimos visitarla en el 2014 con toda la familia. Había que ponerle rostro a todo lo contado, había que consumir la historia.

Fue con el pasar del tiempo que me vi con muchos materiales de múltiples naturalezas que revoloteaban alrededor de Tupiza. Estaban las fotos y filmaciones del viaje del 2014, las entrevistas que hice a mi mamá y a mi tío en momentos distintos para guardar sus memorias, buscando que no se diluyeran con los años, los álbumes de fotos que mirábamos regularmente. En fin, el universo que estaba disperso y caótico. Decidí escribirlo, organizarlo, darle forma. Empecé haciendo un video con las filmaciones del viaje familiar del 2014. Luego, transcribí todas las entrevistas. Empecé una investigación documental buscando en las bibliotecas de La Paz los artículos que mi abuelo José María escribía en los periódicos; recolecté sus discursos, sus intervenciones públicas. Y, con ese cúmulo de materiales tan diversos, me di a la tarea de mezclarlo todo en un solo relato. Debo mencionar la particular sensación al recorrer tantas fuentes distintas. Es difícil transmitir la

emoción al leer el cariño de José María expresado en una carta a su dulce hija de ocho años o su angustia frente al desamparo que podría vivir la niña si él muriese; cuesta escribir las lágrimas derramadas por mi madre cuando narra la muerte de su progenitor; no es fácil transmitir la desilusión amorosa de mi abuela plasmada en su poética carta de ruptura y fin de su relación; o redactar el brillo de los ojos de mi hermana cuando en la puerta del hospital donde nació en Tupiza se dirigía hacia sus hijas contándoles ese episodio fundador. Cierto, los sentimientos impregnan estas letras. Así nació este libro, entre llantos y epístolas, entre bibliotecas y documentos clasificados, entre campos y viajes, entre imágenes y recuerdos.

Para hacerlo tuve gratas compañías que me sirvieron de inspiración. Leer el libro de Juan Villoro sobre su padre *–La figura del mundo*³ me motivó a buscar comprender a mi abuelo José María –y algún día a escribir el texto pendiente sobre mi papá–. *Nuestra América* de Claudio Lomnitz⁴ me ayudó a sistematizar las trayectorias de las familias, los viajes, los proyectos, los desafíos. La desgarradora novela de Gonzalo Celorio sobre sus hermanos *–Los apóstatas*⁵ me puso como tarea pensar la complejidad de las vidas, las contradicciones, las tensiones, los dolores y temores. *La casa de las once puertas* de Carlos Martínez Assad⁶ me transportó a los territorios como espacios que guardan recuerdos a la espera de aparecer en letras. También otros autores más lejanos me ayudaron, como Amín Maalouf y su libro *Orígenes*⁷, construido con base en un mágico baúl en el que un tío guardó documentos familiares

3 Villoro, Juan, *La figura del mundo*, Random House, Ciudad de México, 2023.

4 Lomnitz, Claudio. *Nuestra América*, F.C.E., Ciudad de México, 2018.

5 Celorio, Gonzalo, *Los apóstatas*, Planeta, Ciudad de México, 2020.

6 Martínez Assad, Carlos, *La casa de las once puertas*, Ed. Planeta, México D.F., 2015.

7 Maalouf, Amín, *Orígenes*, Alianza Editorial, Madrid, 2010.

que, luego de años, llegó a manos del escritor libanés. Desde las ciencias sociales, el desafío de Jablonka –con *La historia es la literatura contemporánea*, *Memoria de los abuelos que no tuve*, o *Camping-car*– fue capital para soltar la escritura más allá de las formalidades académicas.

Con ese equipaje lleno, entre lecturas, recuerdos, fotos, imágenes, decidí sentarme horas a redactar. ¿Por qué? ¿Qué hace un sociólogo removiendo esos pasajes familiares? Por un lado, este libro se ubica en lo que globalmente he llamado “sociología vagabunda”, una manera diferente de ejercer mi oficio, sacudiéndome de las formalidades que estimulan poco a la imaginación. Mientras redactaba estas líneas, coordinaba un seminario en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) llamado “Explicar y narrar. Nuevas poéticas de la investigación”, en el cual muchos colegas compartían su manera de entender la relación entre ciencia social y narración. A la vez, daba un curso en el posgrado de la UNAM sobre “sociología narrativa” y coordinaba un libro colectivo sobre el tema. Es decir que estaba en un ambiente intelectualmente muy estimulante, que me permitía abordar otros soportes más allá de lo convencional. Mis anteriores libros (*Sueño ligero*⁸, *Hacer sociología sin darse cuenta*⁹, *Un sociólogo vagabundo en Nueva York*¹⁰, *Viajar, mirar, narrar*¹¹) fueron moldeando una manera de escribir y de pensar. Por eso, este documento no lo considero alejado de mi trabajo como académico, aunque toca las fronteras de mi oficio. Bien dice Jablonka que el texto sobre sus abuelos es una extensión de su trabajo como historiador.

8 Suárez, Hugo José, *Sueño ligero*, Gente común, La Paz, 2012.

9 Suárez, Hugo José, *Hacer sociología sin darse cuenta*, Editorial 3600, La Paz, 2018.

10 Suárez, Hugo José, *Un sociólogo vagabundo en Nueva York*, Editorial 3600, 2015.

11 Suárez, Hugo José, *Viajar, mirar, narrar*, Editorial 3600, La Paz, 2018.

Lo propio, este libro es parte de mi forma de entender y ejercer la sociología.

Pero quizás lo más importante no sea la reflexión epistemológica de fondo sobre los protocolos para construir conocimiento científico, sino que este texto me permitió soltar las emociones entre las letras. He pasado horas leyendo los escritos de mi abuelo, viendo las filmaciones de mi madre, recordando los cariños de mi abuela, escuchando los recuerdos de mi tío. Escribir es estar con, es conversar, es regalarse un tiempo de compartir. En esta temporada he conocido más a José María, he desempolvado las huellas de Elena, he dejado que me lleguen sus caricias. Se dice que los académicos pagan sus deudas escribiendo. Con este libro cancelo la factura que tenía con esa parte de mi historia familiar.

I. EL ÚLTIMO EMPRENDIMIENTO DE JOSÉ MARÍA SUÁREZ TRIGO

José María es el único abuelo al que no conocí. Es una manera de verlo, pues mi madre me habló de él tantas veces que lo siento cerca. Incluso me regaló un retrato suyo donde está galante, firme, con bastón, sombrero, saco, chaleco y corbata, con la mirada fija en el futuro. Es una foto de estudio que tengo en la sala de mi casa y la llevo donde vaya. Además, me dio algunos objetos cargados de historia y significado, que le pertenecieron y que ahora conservo y aprovecho: un precioso abrecartas de metal que yacía en su escritorio de Santa Rosa y con el cual abría la envoltura de la correspondencia y las publicaciones que le llegaban a su finca. Tiene inscrita, sobria y distinguida, la marca en alto relieve en el mango: Sociedad Imprenta y Litografía Universo, Valparaíso, Santiago. La materia carga historias, ya lo sabemos. También tengo un sello seco marca Roovers Monogram-Emboisser, que imprime en relieve en el papel introducido entre sus pequeñas planchas, deja su nombre en letras mayúsculas: JOSE MARIA SUAREZ; en uno de sus mangos el sello tiene inscrito el año de la patente: 1912, por eso hoy circula en redes como antigüedad. Custodio ambos regalos, y cada que los uso recuerdo que pasaron por manos de mi abuelo en las distintas etapas de su vida, y que lo acompañaron hasta el final.

Fue en Tarija, un 20 de julio del mismo año que Bolivia entraba en guerra con Chile: 1879. Nació José María. El primogénito, como reza la tradición, recibió el mismo nombre del padre, un próspero comerciante. Su madre, de familia

acomodada tarijeña, Liberata Trigo, lo cuidó y le dio todo el cariño que necesitaba, por lo que fue recordada por su hijo durante toda la vida por su bondad. Tuvo varios hermanos, un médico que migró a Argentina y un dentista, ambos profesionales destacados en su medio. Son cuatro los pilares sobre los que José María construyó su vida, o cuatro los proyectos a los que le dedicó todo su empeño: la familia, la política, la empresa, las ideas.

El joven tarijeño estudió derecho, pedagogía y ciencias políticas en su ciudad natal, pero más bien con la intención de complacer a su padre, quien lo había conminado a tener una profesión universitaria para batirse en la vida. Con el diploma en mano, se dedicó a la política. Militante del Partido Liberal, ocupó varios cargos públicos: tesorero municipal, funcionario en el Banco Nacional, primer presidente del Consejo Nacional de Educación, subsecretario de Instrucción, de Justicia y Agricultura, director general de Instrucción Pública (1918), además de ser profesor en la Facultad de Derecho. Sus posiciones políticas fueron ascendentes: antes de los 25 años fue primer diputado por el Gran Chaco, luego senador electo por Tarija, vicepresidente de la Cámara de Diputados, hasta que en 1915 lo eligieron prefecto de Chuquisaca.

Durante su juventud, mientras corría la segunda década del siglo XX, José María, con la energía propia de su edad, su carisma y su destacada inteligencia, se empeñó en impulsar el Partido Liberal en el sur del país. En una carta del 16 de febrero de 1916 dirigida a José Gutiérrez Guerra —que luego sería presidente del país—, le informa de la “organización del directorio de la federación de jóvenes liberales, contamos con más de trescientas adhesiones, de lo mejor de la muchachada”, “La juventud se está organizando con entusiasmo halagador. Las tres cuartas partes de la juventud universitaria están con nosotros. Si los conservadores quisieran formar un grupo análogo, se pondrían en ridículo”; asegura que está en contacto con más

de veinte grupos de artesanos, “todos están entusiastas, allí tenemos una fuerza incontrastable”¹². Al año siguiente continúa con sus intercambios, informando que se va consolidando una “manifestación liberal” que muestra que el “liberalismo chuquisaqueño no es una ficción”¹³.

El mundo intelectual en el que creció fue especialmente estimulante. Fue amigo personal del notable poeta chuquisaqueño Benjamín Guzmán, sin saber que, un poco más tarde, se casaría con una de sus nietas. Guzmán le escribió un poema de condolencias cuando falleció Liberata Trigo de Suárez en agosto de 1911, titulado “La madre muerta”; vale la pena reproducirlo *in extenso*:

Y fue la noche del dolor de los dolores...

Espantosamente imponente, el Sol de la Dicha se ocultó en prematuro ocaso y la sombra tendió sus alas de ave negra, sobre el follaje en flor donde colgaba el joven nido de los amores santos.

Y fue la noche del dolor de los dolores...

Gemidos y sollozos, blasfemias y deprecaciones, ayes infantiles, suspiros y quejas, estremecen el follaje ennegrecido por la sombra, con acordes destrozados que semejan un Miserere sin ritmo, un lamento de ultratumba, un grito desgarrador... sobrehumano... inimitable...

En tanto el nido oscila como un péndulo, suspendido sobre el helado abismo de la sombra impenetrable y muda...

Y fue el amanecer de las tribulaciones infinitas.

Rocío de lágrimas, brisa de suspiros, resplandores de cirio, hálito de tristeza, calma de tumba, son los anuncios de un nuevo día más triste que la sombra, más frío que la noche, más mudo que el misterio...

Y el nido aun cuelga solitario del follaje mustio cuyas flores han derramado sus pétalos sobre un ave muerta.

12 Carta a José Gutiérrez Guerra, 16 de febrero de 1916. Archivo personal.

13 Telegrama dirigido a José Gutiérrez Guerra, 27 de marzo de 1917. Archivo personal

La luz nueva de la nueva aurora, alumbró un cuadro desgarrador y fúnebre...
En el fondo del nido yace un ave muerta...
Bajo sus alas rotas, ocultan sus dormidas cabecitas los pichones inocentes, buscando en el cuerpo frío de la madre muerta, el calor santo que les dio la vida...
Y sobre la seca rama que sombreara el nido, el ave compañera tremola sus languidecidas alas y con ojos en el cielo, entona solitaria la doliente elegía del dolor de los dolores, sin que nadie le responda...
Y fue al amanecer de las tribulaciones infinitas...
En los nidales vecinos se estremecen en las aves al despertar del sueño en que soñaron con aves muertas, con pichones huérfanos y con la soledad de los nidos abandonados...
Y... raya el día... Y el arpegio alado de los trovadores de la selva, parece repetir:
Ha muerto la MADRE...
Ha muerto la ESPOSA
Ha muerto todo en ese nido...
¿No hay acaso DIOS?

Benjamín Guzmán

José María tuvo tres matrimonios y cuatro hijos. Con su primera esposa, Celia Urquieta, que falleció al dar a luz a su segunda hija, tuvo dos niñas: Rosa y Celia. Un tiempo después, José María conoció a su nueva esposa. La historia merece un paréntesis. Celia Urquieta fue enterrada en un mausoleo privado en el Cementerio General de La Paz. En su lápida blanca, sembrada en un verde jardín, dice “Celia U. de Suárez. Fuiste el ángel de nuestro hogar. 26 de julio de 1911”. Por cuestiones del azar, el lugar compartía vecindad con los Diez de Medina. Unos meses antes de la muerte de Celia, el 11 de octubre de 1910, había fallecido Ángel Diez de Medina, el padre de aquella conocida familia. Acorde con las tradiciones locales, el viudo José María visitaba la tumba de su difunta esposa to-

dos los domingos llevándole flores y oraciones; lo propio hacía María Luisa, la viuda de Ángel Diez de Medina. La ocasión permitió que se conocieran y empezaran una relación, que al poco tiempo devino en el nuevo matrimonio. La nueva pareja tuvo un hijo, Jorge, pero María Luisa enfermó unos años más tarde. Su padecimiento fue largo, doloroso, desgarrador. Pronto, José María enviudó por segunda vez.

Pasaban los años, José María se dedicaba a la política y a sus empresas, además de atender a sus hijos. Evitaba los vicios, no tomaba alcohol y huyó de los juegos de apuestas. Alguna vez estuvo en una mesa de juegos en la que perdió más de lo que tenía programado, se vio a sí mismo frágil y con posibilidades de ceder a la ludopatía, así que decidió no volver a apostar. Se dedicó al ajedrez, fundó el club de aquel deporte-ciencia en La Paz.

Además de sus actividades de funcionario público y las discusiones en el seno del Partido Liberal, creó su propia empresa. Hastiado de la política paceña, y con las condiciones adversas y represivas del Partido Conservador, decidió tomar un tiempo de distancia y emprender otros rumbos. Su esposa María Luisa generosamente le ofreció vender las joyas de su familia, que eran considerables, lo que le permitió acumular capital suficiente para comprar la finca Parani (municipio de Sapahaqui), a unas horas de la ciudad. Con constancia y rigurosidad, aprendió lo necesario en la viticultura y montó una empresa atendiendo todo el proceso de producción, desde el cuidado de los viñedos, hasta la fermentación y la guarda en barricas de roble francés. Nació la Bodega Parani, que vendía vino en La Paz; su calidad y fama trascendían fronteras, incluso empresas chilenas adquirían el vino de Parani, le cambiaban la etiqueta y lo comercializan en el vecino país. José María, fiel a su sello intelectual, escribió un documento inédito que simplemente tituló “Notas. Sapahaqui y Caracato”. El sabroso texto de cincuenta páginas escrito a mano con tinta negra, a

la usanza de la época, que cambia de intensidad conforme a la fuerza de la mano y la cantidad de líquido que chorrea por la fina pluma, es un diagnóstico casi sociológico de la zona en el que explica las características de los habitantes, los riesgos naturales, los propietarios y los peones, el valor y tamaño de las fincas, las aguas termales, los ríos y las quebradas, las bodegas y las construcciones, las viñas y los huertos, los animales, los muebles e instrumentos de trabajo, la distancias entre poblados, los problemas legales –como el derecho a las aguas de riego–, los desafíos en miras a la industrialización del vino, incluso algunos mapas y bocetos del lugar¹⁴. Además, en 1928 escribió el libro *Alcoholes de fábrica y aguardientes agrícolas*¹⁵, plasmando sus saberes, reflexiones y recomendaciones.

Parani se convirtió en un polo político-intelectual, donde se realizaban fiestas y reuniones. Por ahí atravesaban muchos nombres del mundo de las letras y la cuestión pública nacional. La generosa finca contaba con todas las comodidades para una vida social intensa. A la vez, la empresa tenía en La Paz su plataforma de vida y distribución. José María vivía en la ciudad en una cómoda casa en El Prado, donde tenía un espacio de almacenamiento y comercialización, y visitaba Parani regularmente.

Fue en el mejor momento de la Bodega Parani que José María conoció a Elena, su tercera esposa, en 1938. Fue un matrimonio desigual: él era un hombre rico y conocido empresario y político con casi sesenta años; ella una bella joven, huérfana y responsable de dos hermanos, que trabajaba como cajera en su empresa. La fiesta fue fastuosa, incluso contó con la presencia del expresidente José Luis Tejada Sorzano, además de políticos conocidos. Se presentaba en sociedad a la nueva y joven pareja. Años más tarde, del matrimonio nació Beatriz,

14 Suárez, José María, “Notas. Sapahaqui y Caracato”. Manuscrito, sin fecha. Archivo personal.

15 Ed. Renacimiento, La Paz, 1928.

quien transformaría a José María sus más profundas convicciones y sentimientos. Ya nada sería igual.

La familia Suárez Guzmán se movía entre La Paz y Parani. Era una vida cómoda y socialmente muy dinámica. Agasajos, reuniones, visitas, encuentros, juegos; política, discusiones, negocios, proyectos. Había espacio para todo y para todos. Pero algunos tragos amargos que atravesaron su entorno familiar y el político empujaron a José María a nuevas búsquedas. Se cerraba un ciclo. En 1942, un amigo suyo, el Dr. Aurelio Calderón de la Barca, con quien jugaba regularmente ajedrez, le ofreció la Empresa Agrícola e Industrial Santa Rosa, ubicada en Suipacha, a 25 kilómetros de Tupiza, en el departamento de Potosí. La finca fue construida en 1840; su primer propietario fue el expresidente Dr. Aniceto Arce. Viajaron juntos a la zona, en el mejor período del año: primavera. Los recibió un ambiente fabuloso, floreado, verde, con tierras fértiles y paisajes envolventes. Calderón de la Barca le aseguró que la empresa estaba montada y funcionando, los campos daban trigo y maíz que se procesaban en el molino sólidamente instalado. Además, tenía ganadería, leche, queso. La prosperidad estaba asegurada, pues eran los responsables de proveer alimentos a los centros mineros que en aquella década estaban en su mejor período, en especial las minas del Complejo Central Sur de Víctor Aramayo. José María, como novel enamorado privado de cautela, y a contracorriente del deseo de su esposa Elena, decidió apostar todo. A los 63 años, con una hija recién nacida y una joven cónyuge, daba un giro radical en su vida. Vendió las dos casas de La Paz, las bodegas de vino, la marca y la finca de Parani, para materializar su nuevo emprendimiento. Aun así, no le alcanzaba: Santa Rosa costaba tres millones de pesos, y todos sus bienes solo llegaban a dos millones. Se dirigió al Banco Agrícola para solicitar un préstamo, que le fue otorgado sin impedimentos. De acuerdo al plan de pagos, la deuda se liquidaría en menos de una década.

En 1951, la propiedad sería suya. Sin saberlo, iba a ser el año de su muerte.

Los primeros desafíos de Santa Rosa fueron evidentes. Ya instalados, se dieron cuenta de que el clima era extremo y que la primavera durante la cual visitaron la región duraba solo unos meses. El invierno era seco y crudo. Llegan las aguas y los ríos amenazan las tierras, las quebradas bajan de las montañas con fuerza para llevarse enormes árboles como si fueran cajas de fósforos. Mientras que en Parani solo había que cultivar y cuidar los viñedos con poco esfuerzo, Santa Rosa dependía del temperamento incontrolable del agua. Tuvo que hacer múltiples reparaciones, construir un calicanto de tres pisos para desviar el río y cuidar los sembradíos. En cierto sentido, consideró que lo engañaron, pero aquello no le despejó el entusiasmo ni su sentido emprendedor. Consiguió levantar la empresa en sus distintas facetas, construyó una fabulosa casa con todas las comodidades, acomodó sus productos en los centros mineros de la zona, diversificó su oferta comprando animales de distinto tipo, adquirió maquinaria que permitiera mayor aprovechamiento de la tierra y se puso como agenda industrializar sus productos en el mediano plazo. En pocos años, la finca era dinámica, con números a favor, empleados y peones, vida social e intelectual. Elena, inicialmente esquiva, reticente y sintiéndose exiliada por su distancia con La Paz, terminó encantada. Recibió familiares y amigos, se encargaba de múltiples tareas, desde la gestión doméstica hasta la enseñanza a las empleadas; alfabetizó con particular entusiasmo y compartió sus saberes de costura y cocina.

La distancia de Santa Rosa con la ciudad de La Paz no cortó su relación con el mundo político e intelectual. José María enviaba regularmente artículos a *La Razón* y a *El Diario*, y recibía periódicos desde la ciudad y revistas de Buenos Aires; todo llegaba por tren, enrolados en tubos que eran liberados con un abrecartas en su escritorio. En la preciosa casa que

construyó, dedicó tres cuartos a la biblioteca y despacho. En su mueble de madera con múltiples cajones, había uno en el que guardaba cajitas pequeñas con varios candados custodiando las joyas de la familia. Su hija pequeña le pedía a menudo que se las mostrara, lo que hacía con particular cariño, recordándole la historia de cada una y asegurándole que irían a parar a sus manos. El destino no lo quiso: cuando falleció, las cajas finamente talladas y bien protegidas estaban vacías; nunca se supo quién las robó. Pero los libros eran el mayor tesoro. José María había viajado a Francia, hablaba francés, por lo que algunos volúmenes eran de la literatura de aquel país. Su biblioteca constaba de tres cuartos llenos de libros, y se jactaba de haberlos leído todos: “ni un título entra a mi biblioteca si no pasó por mis ojos”, solía afirmar.

La historia de la biblioteca también es curiosa. Tras la muerte de José María, las cajas de libros pasaron a manos de su hijo Jorge. Una parte la donó a la biblioteca de Sucre, donde se instaló, y lo demás quedó almacenado. Cuando le llegó el tiempo de austeridad, Jorge decidió venderlos. Hizo un catálogo y viajó a La Paz a buscar a su hermana Beatriz con una lista en mano y la intención de que ella pudiera ofrecerlos a las autoridades, pues tenía algunos contactos con los políticos. Evidentemente el proyecto no prosperó, nadie compra bibliotecas a precios decentes, pero la lista quedó en manos de Beatriz, lo que hoy nos permite dibujar el universo intelectual de José María.

El inventario que llegó a manos de mi madre, ya disminuido por las circunstancias que dejaron en el camino muchos textos, da cuenta de más de 1.300 títulos, y esboza parte de la influencia intelectual de José María. Los temas son variados: diplomacia y conflictos internacionales (particularmente de Bolivia y sus vecinos); política e ideología (revolución, doctrinas, sindicalismo, partidos); Guerra del Chaco y conflictos bélicos bolivianos; historia nacional, colonial, religiosa, geo-

grafía; sociología, pedagogía, educación, reformas y ciencias; Ensayos y literatura boliviana; literatura, historia y ensayos internacionales; agricultura, cuidado de vinos, jardines y plantas; marxismo y socialismo. Entre los autores nacionales, figuran los intelectuales de la época: Franz Tamayo, Enrique Finot, Benjamín Guzmán, Tristán Marof, Augusto Céspedes, Alcides Arguedas, F. Diez de Medina, Nataniel Aguirre, Fausto Reinaga, Arthur Posnasky, Adela Zamudio y otros. De los autores internacionales, aparecen libros de: Julio Verne, Miguel Unamuno, Oscar Wilde, Amado Nervo, Victor Hugo, Guy de Maupassant, Hugo Walst, José Martí, José Vasconcelos, Haya de la Torre, A. Rimbaud, León Tolstoi, Máximo Gorki, Goethe, Shakespeare, Cervantes. Destacan 42 títulos de Emile Zola, 26 de Antonele France (tres en francés), 19 de Stefan Zweig, 18 de M. A. Theirs, 12 de H. de Balzac. José María se nutre del pensamiento liberal de la época, particularmente de autores franceses. Recordemos por ejemplo que Antonele France, el autor que más títulos alberga su biblioteca luego de Zola, era un escritor polifacético, miembro de la Academia Francesa y Nobel de literatura en 1921, partícipe de la Liga de los Derechos del Hombre, impulsor de la separación iglesia/Estado, afín a los derechos sindicales. Además, la biblioteca de José María se interesa en el marxismo, conservando libros de Marx, Trotsky, Mariátegui, Engels, Molotov, Lenin. Sumergido en las letras, desde su despacho en su finca, mi abuelo tenía una ventana a las ideas humanistas de circulación nacional e internacional, a la literatura mundial, además de estar al día en las discusiones coyunturales gracias a la prensa que periódicamente le llegaba.

Es difícil separar la intención política de las ideas en que se sostiene. José María hizo de la política un canal para materializar sus ideas sobre la sociedad. En 1910, Felipe Guzmán, exsecretario de la Comisión de Estudios sobre Educación en Europa y las Américas e inspector de Instrucción, invita a

José María, entonces subsecretario de Instrucción Pública, a que escriba el prólogo de su libro *El problema pedagógico en Bolivia*¹⁶. Hay que recordar que el debate sobre el rol de la educación es uno de los temas intelectuales, y que el mismo año aparece el libro fundante de Franz Tamayo con el título *Creación de la pedagogía nacional*; por cierto, la obra prologada está dedicada a Alcides Arguedas y Armando Chirveches. La discusión de la época, como es sabido, se centra, *grosso modo*, en el rol del indígena en la perspectiva del desarrollo del país, y el libro de Guzmán es una abierta polémica con el de Tamayo.

En su prólogo, José María retoma la discusión con claridad y toma partido; está de acuerdo con que la educación debe ser la base del progreso y el camino para “aproximarnos hacia los más bellos ideales de la humanidad”¹⁷, pero, hablando de los pueblos indígenas, sostiene que “no somos capaces de admitir que sea necesario hacerle pasar por las distintas etapas de las avanzadas civilizaciones, a pretexto de que la naturaleza no da saltos. Creemos, por el contrario, que debemos pasar por encima de los errores de las generaciones pasadas y adaptar los últimos progresos”¹⁸. No queremos, advierte, hacer “del indio un caballero [...]”. Tal cosa sería absurda. Muy otro es nuestro pensamiento”¹⁹, se trata de coadyuvar a que sea un agricultor “conocedor práctico de su medio de vida, sobrio, fuerte y laborioso; queremos formar de los habitantes de nuestras montañas áridas, pero ricas en metales preciosos, mineros aptos, dotándoles de los conocimientos esenciales para esas labores, y de una naturaleza física capaz de soportar las inclemencias y las duras faenas; queremos, en fin, dotar a todos, de los elementos necesarios para salir triunfantes en la lucha por

16 Suárez, José María, “Prólogo”, en Guzmán, *El problema pedagógico en Bolivia*, Imp. Velarde, La Paz, 1910, pp. III-VIII.

17 *Ibid.*, p. V.

18 *Ibid.*, p. V.

19 *Id.*

la vida, sin perder de vista el medio en que se desenvuelven”²⁰. José María no considera la historia como un libreto predeterminado de etapas que cada pueblo debe seguir –estando unos más “atrasados” que otros o debiendo unos imitar el camino del otro por su supuesta superioridad–, por el contrario, “los acontecimientos históricos no se repiten [...]”. Es necesario entender de otro modo el pensamiento evolutivo que entraña este concepto. Él debe referirse necesariamente a que no es posible someter a idénticos procedimientos pedagógicos a individuos que corresponden a distintos estados de evolución moral y mental”²¹.

José María critica el tema de la raza como eje rector de la discusión: [...] eso de razas puras es para nosotros un enunciado que casi no tiene sentido, dentro de la doctrina de la evolución, desde el momento en que la misma clasificación de razas no es sino un convencionalismo, que sirve para metodizar estudios, pero que no tiene base rigurosamente científica, como tampoco la tienen las clasificaciones zoológicas en general ni aun la división de la naturaleza en tres grandes reinos, que han comprobado los sabios no ser sino uno, en distintos estados o modalidades²².

El prologuista marca distancia con Guzmán, subraya sus discrepancias –aunque anota algunas concordancias– introduciendo su propia perspectiva crítica a un tema tan complejo sobre el cual ni los más grandes sabios “pueden jactarse [...] de haber dado la última palabra en tan difíciles asuntos, como son los pedagógicos”²³. Lo anterior no impide su valoración profunda de que se levante la discusión abierta sobre “la instrucción pública”: “este libro es un brote espontáneo del amor

20 Ibid., p. VI.

21 Ibid., p. VI.

22 Ibid., p. VII.

23 Ibid., p. IV.

sinceramente profesado a la educación nacional, nacido al calor de una polémica [...]. Cada argumento es una sugestión al contrincante, que puede llegar a modificar sus ideas primitivas, si tiene la suficiente fuerza y si existe, por otra parte, la probidad que debe suponerse en los escritores. Podemos, por consiguiente, afirmar que son obras hechas en colaboración”²⁴. En ese sentido, aboga por un debate franco “cualesquiera sean las ideas que se sustenten, cuando son sostenidas con honradez patriótica”²⁵.

Cumpliendo sus funciones de prefecto, en 1915 le toca inaugurar el puente del Tejar. Su discurso, que bien hubiera podido reducirse a palabras burocráticas y administrativas, es especialmente luminoso e inteligente porque juega con contrapuntos de lo material y lo social, develando su manera de entender el crecimiento de la infraestructura y lo humano. Comienza con un juego metafórico que da vida y voz al “lenguaje mudo de las cosas”:

Alguien ha demostrado ya que los seres inanimados tienen su lenguaje propio. Otra cosa es que muchas veces no comprendamos, por deplorable insuficiencia nuestra [...]. Las calles y los parques conversan diariamente con los transeúntes. Unas veces dicen al oído cosas leves y otras gritan y protestan enérgicamente.

Esos arbolitos de los parques, bien alineados y satisfechos de riego, sonrían agradecidos y se desarrollan como niños mimados. Pero en cambio, el empedrado de algunas calles murmura y suele decir cosas feas contra la municipalidad. Las trepidaciones de los carruajes, que tanto nos incomodan, son palabras mayores, casi interjecciones que pronuncian las ruedas por los obstáculos que encuentran.

24 Ibid., p. III-IV.

25 Ibid., p. V.

¡Decid ahora que las cosas inanimadas no hablan, no aplauden, no protestan!

No sólo hacen todo eso sino que tienen un lenguaje admirable, una lógica incontestable, la elocuencia de los hechos reales y tangibles.

El puente que tenemos a la vista habla también un lenguaje que todos vais a comprender en seguida.

Oíd lo que dice:

Hace mucho tiempo que estaba esperando que una mano diligente me colgara aquí. Soy digno de la capital de la república. Cuando los viajeros curiosos que vienen a visitar la ciudad histórica, de gloriosas tradiciones, pasen por acá les daré la bienvenida anunciándoles que van a entrar en una ciudad que se esfuerza por sostener el buen tono de sus antepasados.

Antes de estar así construido, no era nadie. Un miserable hacinamiento de piedras en la cantera, arena que arrastra el arroyo, cal bruta que yacía en las vetas. No podía merecer ninguna consideración pública ni privada.

Pero, ahora, ya lo veis, me honro con la vista de numeroso público y significativo en el concierto universal²⁶.

El puente en cuestión a quien le da palabra concentra significados fuertes –unión, solidaridad y progreso– que implican un sentido societal:

Soy símbolo de unión. No se podría prescindir de ninguno de los machones que se sostienen de cada una de las piedras que forman arco, del pretil que da seguridad a los caminantes. Mi valer y mi utilidad estriban en que soy un conjunto armónico, compacto y orgánico.

Soy símbolo de progreso, porque represento un paso avanzado en orden a la vialidad, que es el mayor elemento de bienestar.

26 Suárez, José María, Puente del Tejar. Discurso pronunciado por el prefecto del departamento en el día de su estreno. Imp. Boliviana, Sucre, 3 de octubre de 1915, pp. 2-5.

Y soy, también símbolo de fraternidad, porque aquí vendréis vosotros con demasiada frecuencia, a despedir y a recibir a los seres queridos que se van o se vienen, en esta constante mutación de la vida.

Seré testigo mudo de sonrisas, de sollozos, de abrazos, de sorpresas mil²⁷.

Aplauda las fiestas y la celebración cuando se concluyen obras públicas “que significan progreso efectivo” (haciendo mención a varias construcciones nuevas). Es así como los “personeros del pueblo”, que son las autoridades, deben rendir cuentas; valora la satisfacción del “servicio público”. Una obra es “democrática, de beneficio común” si todos sacan provecho de ella sin diferencias: “pueden pasar los aristocráticos capitalistas en sus lujosos carruajes, como los más humildes campesinos que en vehículos primitivos comercian con la ciudad”²⁸.

El prefecto cuenta que, luego de terminar el puente, algunas personas sugirieron que llevara su nombre, lo que le da pie para reafirmar su vocación de servicio y “el aspecto moral de la obra”:

[...] yo repuse sin vacilar que no, fundado en que esos trabajos se hacen con dineros fiscales y en que la labor administrativa que se desenvuelve no es más que el cumplimiento del deber, anexo a la función pública confiada. Además, pienso que cuando se ha de honrar el nombre de un ciudadano dándosele a alguna obra pública, es necesario que ello se verifique fuera del radio de sus funciones activas, y mejor todavía cuando ha desaparecido del escenario de la vida. Y claro, en el entendido de que el nombre sea de merecimientos evidentes, circunstancia que estoy muy lejos de pretender²⁹.

Concluye dándoles emotiva personalidad a los puentes inaugurados:

27 Ibid, p. 5

28 Ibid., p. 2

29 Ibid., p. 7.

Por lo que a mí respecta, cuando me aleje de Sucre, y las gentes insistan en la especie absurda y calumniosa de mi desafecto por la ciudad en que tengo más fuertes vínculos de familia que los murmuradores, entonces tendré, por lo menos, dos amigos leales y sinceros, fuertes e invariables, que sabrán desmentir semejante especie. A ellos me confío especialmente. Y ojalá que se multiplicaran.

He nombrado a los amigos Calancha y Tejar, que desde este momento os los entrego y os los recomiendo³⁰.

En su informe de 1916, José María critica una construcción promovida por el Partido Conservador que habría funcionado como un “lugar de tortura”. Manda demoler “ese resto de barbarie y vergüenza, no obstante que habría valido la pena conservarlo sin uso a manera de monumento histórico”³¹. Su orientación humanista no podía tolerar un lugar donde se hubiera denigrado a las personas.

Años más tarde, en 1935, con el liberal José Luis Tejada Sorzano como presidente, la revista *Apuntes* acude a José María para recoger su opinión sobre la política local: ¿qué opina de la reorganización del liberalismo en curso?, le preguntan. Responde: “Me parece que todos los momentos son oportunos para ponerse al compás de los tiempos, como se dice en términos genéricos, queriendo significar así, que hay que considerar las necesidades propias de cada momento histórico”, pero para José María no se trata de tirarlo todo, sino de mantener el equilibrio entre renovación y tradición: “no necesitamos salirnos de las bases fundamentales del liberalismo [...]. Por renovar ideologías debemos entender dar un paso más y acomodarnos a las nuevas exigencias. Evolucionar, no reconstruir”. En la entrevista, se revela un político volcado menos al laberinto argumentativo que puede ser confuso y engañoso, y más bien concentrado en el “plan de acción práctico”, que

30 Ibid., p. 8.

31 Citado en Paredes Candia, *El castigo: tradición y folklore*, Ediciones Isla, La Paz, 2003, p. 87.

en ese momento consiste en “liquidar la Guerra del Chaco y resolver los graves e inaplazables problemas de la post-guerra. Este programa mínimo tiene relación con las finanzas, la educación, la vialidad, etc.”. Se indaga su opinión sobre temas como la honradez, la legalidad, el bienestar, a lo que responde apostando a la resolución de los problemas concretos: “Música celestial. Todo eso es ridículo. Ni hay quienes crean, ni quienes cumplan. Un programa, un plan de acción cualquiera, debe ser algo muy simple y muy sincero. En política y en educación las frondosidades están demás”. Pero su visión humanista se centra, incluso más que en un programa generoso y honesto, en la cualidad de quien asume el reto de ocuparse de lo público: “la ejecución –de un programa– [...] se resuelve en este otro postulado: factor *hombres*. Dadme estadistas de verdad, educadores de vocación, hombres en su más alto sentido, y lo demás vendrá por añadidura”³².

En sus distintos escritos en prensa, que no son fáciles de conseguir porque yacen escondidos en algún archivo nacional, salen a relucir otras facetas del pensamiento de José María. En su artículo “Reflexiones sobre la cuestión social”³³, escrito en el albor de la Guerra Fría, explica la situación económica mundial, critica el régimen ruso, pero también al capital: “hacer justicia no es dar privilegios al capitalista en detrimento del obrero, ni darlos al obrero en detrimento del capitalista: justicia es conciliar y respetar esos intereses”. Aboga por el encuentro en búsqueda de “la salvación de la patria”: “nada de despotismos, ni del capitalismo ni del trabajo. Todos a ocupar el lugar que les corresponde, por su capacidad y sus méritos, como ciudadanos de un mundo libre y digno”.

Un texto de 1945, escrito desde Tupiza un mes antes de que se dé por finalizada la Segunda Guerra Mundial, recoge

32 Apuntes. Revista Mensual Ilustrada, núm. 14, enero, 1935.

33 La Razón, 25-10-1947.

su idea sobre la tolerancia³⁴, tema capital para aquel momento histórico internacional. En su texto, nutrido tanto de citas de autores de la época como de referencias a los acontecimientos del momento, se pregunta sobre la tolerancia: “¿Por qué sigue siendo de actualidad este principio de civilización?”. Si bien la humanidad ha mostrado una notable evolución desde un “estado primitivo” hasta “la libertad de nuestros tiempos”, todavía no es un tema superado; “tiene mucho que hacer y que sufrir la humanidad, mucho que evolucionar en sus directivas morales”. El articulista identifica “un modo primitivo de vida, muy próximo a la pura animalidad” que tiene poco intercambio con el otro: “cuanto más estrecho, más sin contacto con el mundo exterior es el medio en el que se actúa, más violenta y más odiosa es la intolerancia”; en ese escenario, cada persona se considera

[...] dueño de un cierto orden de ideas y de creencias, se imagina poseedor de la verdad absoluta y definitiva, indiscutible, y trata de imponerla a los demás sin reparar en los medios. Todo lo que se aparta de su modo de pensar, le parece estúpido o perverso [...]. Su cerebro está clausurado, cristalizado dentro de un muy limitado círculo. La intolerancia deviene, entonces, como algo inevitable.

La intolerancia es el resultado de la “angustiosa estrechez, sin relación alguna o con muy poco roce con otros medios, sin oportunidades para conocer y apreciar otras ideas y otras creencias que no sean las suyas”. En el mundo moderno en el cual todos conviven con “ciudadanos de otras latitudes, cuyas ideas, creencias, costumbres, intereses y hasta su moral difieren entre sí”, es imprescindible una actitud tolerante que permita la convivencia entre la “armoniosa variedad de espíritus”. La tolerancia, así, es “condición de cultura, de vida noble, alta civilizada, permite el entendimiento, el *modus vivendi* de los

34 *La Razón*, 5-08-1945.

más opuestos caracteres”; “tolerar, es respetar el derecho ajeno, tan sagrado como el nuestro”.

Para José María, la base es el respeto a la diferencia, a la diversidad, al desacuerdo con el otro:

Para tratar de convivir con personas de tan diferentes fisonomías espirituales, de ideas y de caracteres tan diversificados, es absolutamente indispensable ese gran fondo moral, de cultura y de civilización, que se llama la tolerancia y que debía, más bien, llamarse el derecho de pensar y de decir con plena libertad respetando el derecho ajeno [...]. Sabemos, por otra parte, que nuestra libertad y nuestro derecho terminan donde comienza la libertad y el derecho ajenos.

La tolerancia se mide por “la importancia del derecho a la libertad de pensar y de decir”, y está en la base de “la convivencia entre seres distintos y como condición de la humanidad para entender”. Por lo mismo, abandonarla, “sería retroceder a las brutales formas inquisitoriales, de esa noche de los tiempos que se llama Edad Media, cuando no regresar a la Época Cuaternaria”.

Como dije, encontrar los documentos de José María no es tarea fácil. En una carta a Elena de 1950, le agradece por enviarle un recorte y las reacciones a su artículo sobre la democracia. Hubiera sido interesante tener acceso a su contenido... Es un texto perdido, que tal vez el tiempo se encargue de sacar nuevamente a la luz.

Acaso en el mejor momento de su vida, cuando la finca Santa Rosa funcionaba a la perfección, a un par de años de terminar de pagar la deuda, con su hija creciendo y alegrándole el alma, José María enfermó. Viajó a Argentina, pero el diagnóstico fue fatal. Solo bastaron unos meses para que el cáncer en el hígado acabara con su vida, el 15 de junio de 1951, a los setenta y dos años. Su muerte repercutió en distintos ámbitos.

El presidente de la nación, general Hugo Ballivián, emitió un Decreto Supremo declarando duelo nacional con cierre de oficinas y suspensión de actividades públicas en Tarija el 18 de junio. Así reportó su partida el periódico La Razón:

El día 15 del presente falleció en Tupiza el doctor José María Suárez, distinguido hombre público que durante la administración liberal ocupó importantes cargos públicos [...]. Como dirigente liberal libró resonantes batallas políticas sobre todo en el periodismo y en la Cámara de Diputados. Él fue co-autor del texto de la ley del matrimonio civil que se halla actualmente en vigencia. El doctor Suárez dueño de una clara inteligencia y de vasta cultura, fue colaborador de La Razón hasta que una pertinaz dolencia lo postró en cama durante mucho tiempo. Figura destacada en los medios políticos el doctor Suárez no dejó de interesarse, aún en su lecho de enfermo, en los problemas nacionales sobre todo en los de carácter económico y educativo [...]. El Comité Nacional del liberalismo, en conocimiento de la noticia, dio un voto declarando en duelo al partido³⁵.

Fue enterrado en Tarija, al lado de su padre, el que le dio el nombre.

José María.

Aquella tarde de julio del 2000 que visité tu tumba en Tarija por primera y única vez, escribí un pequeño texto que hoy recuerdo. Pensaba en tu mortalidad y en mi vida, en las cenizas que somos antes o después, mediados por el tiempo; en lo que llevo de ti y lo que llevas de mí. Y ahí estabas, el abuelo del que tanto me hablaron, al que me hubiera encantado conocer. La vida es caprichosa, nos escogió para pe-

35 La Razón, 17-06-1951.

ríodos desconectados, y sin embargo quizás seas con quien mejor me hubiera entendido.

Desde chico te supe, te escuché en voz de mi abuela o de mi madre. Te vi en fotos, en relatos, en objetos, en recuerdos. Sentí tu ternura, tu inteligencia, tu enorme cultura. Supe que fuiste extraordinario, y lamenté tanto nuestro desfase en la historia. Quizás de ese sentimiento de vacío nacieron estas letras, tú y yo sabemos que escribir es estar con el otro, es conocerlo, es acariciarlo.

Recuerdo tantos episodios. Cuando paseábamos con mi madre por El Prado y ella decía que aquella era tu casa, o cuando transitábamos por la calle Colón y todavía alcanzábamos a ver el empapelado de aquella pared que ahora es un estacionamiento y que otrora fue tu hermosa residencia. Quizás uno de los momentos más intensos fue cuando viajé a Parani, a la finca de la que tanto nos había hablado Elena. Vi el quiosco que construiste, en la cima de la montaña contigua, donde te casaste y donde pasaban tardes enteras. Entré a las habitaciones que mi abuela me había descrito con detalle, de aquellos años de gloria. Vi las ventanas rotas, los marcos descajados, el bello pasillo con balcón donde alguna vez te tomaste fotos con el presidente del país, con familiares, amigos e intelectuales, ahora en ruinas, con una desconcertante y funcional escalera de cemento que quebró toda la estética de la construcción. Los cuartos donde decían que guardabas el vino en barricas de roble, ahora estaban llenos de tierra, el techo caído, las vigas quebradas. Era la ruina. Pero pude reconstruirlo todo en la imaginación. Te pensé dinámico, llevando vinos, recibiendo personas, pensando, discutiendo. Y me marché.

Pasaron los años, y llegó el viaje a Tupiza, ahora íbamos todos. Volví a recorrer tus espacios, tus habitaciones, tus proyectos. Volví a admirarte, a entenderte, a quererte.

Pensé nuevamente en tus últimos momentos, en tu mirada dulce hacia Beatriz, la niña adorable, la que te dio razón de vivir en tu último aliento; sabiendo que partirías, querías dejarle todo lo bueno, todo tu amor y sabiduría, te imaginé diciéndole con tu última mirada ya apagada y entregándose a lo inevitable: “siempre me vas a tener, siempre voy a estar contigo”.

Y nació este proyecto escritural, que lo asumí, sobre todo, para conocerte más. Aquí, en cada letra estás tú, está tu ternura, tu agonía, tus miedos, tus apuestas. Este libro, en cierta medida, es el registro de nuestro encuentro. Es una manera de sabernos, una manera de esquivar nuestro desafortunado desfase, es, en suma, una manera de encontrarnos.

Tu nieto que te adora.

II. LOS APELLIDOS DE ELENA

Elena tuvo una infancia difícil. La historia se remonta a su madre, Marieta, y una vida con demasiados obstáculos que vencer. Marieta era hija de Benjamín Guzmán, laureado poeta chuquisaqueño que enviudó rápidamente dejando a la niña huérfana de madre. Por influencia de su papá, que era destacado intelectual y jefe del distrito escolar de Sucre, Marieta decide estudiar para ser maestra, pero en el camino aparece un viajante de origen francés que residía en Perú, apellidado, si la memoria familiar no falla, Labrousse, y termina embarazada. Era 1918. Consciente de lo que significaba devenir en madre soltera en la sociedad conservadora de Chuquisaca durante las primeras décadas del siglo XX, toma una decisión arriesgada y atrevida: se va a La Paz.

La joven inminente madre llega en tren a la sede de Gobierno, con poco dinero, algunos saberes, unos cuantos pesos en el bolsillo y una niña que se gestaba en el vientre. Duerme las primeras noches en un hotel cerca de la Estación Central, luego renta un diminuto dormitorio en la calle Sagárnaga. La sobrevivencia apremia. Marieta, luchadora y decidida a no sucumbir en su nueva vida, acude a sus aprendizajes guardados: hace pequeñas tablitas de leche que vende en la puerta de su casa y con el tiempo logra montar una pequeña tienda de abarrotes. Busca expandir su horizonte, encuentra trabajo en un colegio religioso ocultando su maternidad porque solo aceptaban a mujeres solteras y sin hijos para el oficio de maestra. Con su magra economía, contrata a una niñera para que cuide a la familia en su ausencia laboral.

Entretanto, Labrousse seguía visitándola regularmente, y a los cuatro años nace su segundo hijo, Alfonso. Todo iba

bien hasta que, un buen día, mientras Marieta compartía con sus hijos Elena y Alfonso en su tienda, entra una mujer con acento peruano y tres niños pequeños. El ambiente se pone tenso. Marieta instruye a sus hijos que se retiren al cuarto del fondo y cierren la puerta. Fue cuando se enteró de que su amado era casado, y la familia que tenía en Lima se había trasladado hasta La Paz con un solo objetivo: recuperar a su marido. Cuando se fue la incómoda visita, Marieta llamó a los pequeños, y entre amargo llanto y sollozos solo les dijo: “a partir de ahora, ya no apellidarán Labrousse, sino Guzmán”.

Cinco años más tarde, Marieta, ya con el espíritu renovado, conoció a Pablo Neder, migrante de origen libanés con quien tuvo una tercera hija: Yolanda. Él era un hombre viudo, guapo, soñador, aventurero y amable. Adoptó generosamente a los dos hijos que pasaron a ser “Neder Guzmán”, pero la tormenta no tardó en llegar, ahora por otro frente. Quedó embarazada por cuarta vez. Ni el cuerpo del bebé que ya tenía nombre –Emilio– ni el suyo aguantaron la violencia del parto difícil: ambos murieron en el Hospital General, regando lágrimas en los hijos huérfanos y en el esposo. Corría el año de 1931. Quedaron Elena, de doce años, Alfonso de ocho y Yolanda de tres. La desgracia vino cargada de más luto. Benjamín Guzmán, el abuelo, al saber que su hija había fallecido dejando tres menores desamparados, emprendió el viaje hacia La Paz desde Sucre para hacerse cargo de sus nietos. La altura fue implacable: mientras estaba en el tren, atravesando la zona llamada “El Paso del Cóndor”, su noble corazón no comprendió la importancia de su encomienda. Murió de un infarto antes de llegar a la ciudad.

Ante el silencio e inacción de la familia chuquisaqueña, los chicos quedaron en manos de Pablo Neder, que tenía cierta holgura económica, algunas propiedades y un emprendimiento bizarro: buscaba un tesoro oculto en algún lugar del Altiplano cerca del lago, donde tenía propiedades. Pablo había envi-

dado de una potentada mujer del lugar que le dejó de herencia una casa en la que hasta el día de hoy se venden sombreros típicos, en la esquina de la plaza central de Copacabana. La sucesión hereditaria no fue fácil, aparecieron intereses, familiares y conflictos. Un día poco afortunado, Neder salió a buscar el “tesoro del Inca” en las afueras del pueblo, fue atacado por los lugareños, lo dejaron agonizante. Murió pronto, el crimen nunca se resolvió. Los chicos quedaron, otra vez, a la suerte del destino, ahora en manos de Modesta, antigua comadre de Marieta y empleada de origen aymara que se hizo cargo de las joyas y ciertas responsabilidades para con los huérfanos. La forzada custodia tuvo luces y sombras, fue bondadosa porque decidió hacerse cargo de los tres en lugar de repartirlos entre parientes, como era la intención de algunos familiares, pero la decisión no estuvo exenta de tensiones. Modesta era una chola paceña elegante y refinada que vivía en un cuartucho en el conocido y hoy desaparecido “Garaje Romero”. Alfonso, que era pequeño, aprendió aymara casi como lengua materna, y aunque Modesta los maltrataba, vendía sus pocas pertenencias, no escatimaba en llevar a sus amantes a su casa mientras ellos fingían dormir en la tela contigua, salía los domingos y los dejaba a su suerte teniendo que mendigar comida con unos pocos parientes, por algunos años los cuidó dentro de lo posible. Los hermanos huérfanos procuraban su economía como podían. Alfonso trabajaba lavando autos y recibía propinas por su ternura, su sagacidad y sus ojos azules. Elena guardaba y administraba cuidando cada centavo conseguido, compraba velas para todo el mes, azúcar, fideo y alargaba la comida hasta que llegue nuevamente dinero. Pasaron los años y lograron rentar un cuarto, mientras ella iba a la escuela en un colegio religioso donde aprendió a leer y escribir, y destacó en habilidades matemáticas. Los hermanos, Elena de catorce y Alfonso de doce, fueron adultos responsables en media adolescencia, esculpidos por experiencias extremas. En cierta ocasión, Elena

se cayó del columpio en el colegio, se lastimó la rodilla y fue llevada al hospital por la notoria inflamación. Mientras estaba en una de las camas recostada, escuchó la conversación de los doctores que habían decidido amputarle la pierna por ser la única salida para salvarla. Horrorizada ante tal intervención, a pesar de su dolor, se puso su sombrero para disimular su rostro de niña, su abrigo largo que cubría la hinchazón y presumía adultez, y salió caminando, cruzando los pasillos del hospital como una visitante más. La adolescente no conocía bien el camino de vuelta, solo atinó a seguir la ruta del tranvía que, eso sí sabía, la llevaría a casa. Salvó la pierna y en cosa de semanas se recuperó con cuidados caseros.

En las búsquedas laborales de Alfonso, encontró trabajo lavando autos en La Paz. A los oídos de José María Suárez llegó el rumor de que la nieta de su amigo y colega fallecido y tan respetado, Benjamín Guzmán, deambulaba en la sobrevivencia. Decidió que Elena ocupara el puesto vacante de cajera que requería para su empresa, pues era muy ágil con los números. Pasaron los meses, la joven y guapa trabajadora se convirtió en contadora, y poco después, en la señora Suárez, tercera esposa de José María.

Cierto, José María y Elena no eran una pareja convencional. El matrimonio fue con todas las de la ley, en 1938, y acudió la alta sociedad paceña. Él tenía más de medio siglo de vida, dos veces viudo y tres hijos; ella estaba a punto de cumplir 17 sin haber tocado otra piel y a punto de ingresar a la vida marital. En una foto de antaño se los ve paseando elegantes por el Prado. José María, impecable y sólido, porta un traje oscuro, con chaleco y corbata delgada, fino sombrero de ala corta y un bastón cuya empuñadura y regatón son de plata. Elena, sobria, con una sonrisa juvenil y encantadora, también de negro, con guantes blancos, sombrero con adornos claros y cartera en la mano derecha porque la izquierda está en el brazo de su marido. Los años de distancia de dos vidas en sus extremos se notaban. Los hijos de José María eran mayores

que Elena. Alguna vez, asistieron a una fiesta de los rotarios en el Club de La Paz. Los jóvenes pretendientes se acercaban a José María a pedirle permiso para poder bailar con su hija. La respuesta contundente era “es mi esposa”, lo que dejaba a todos desconcertados e incómodos.

Elena tenía fascinación por los hombres cultos, y vaya que José María lo era. Contaba que hubo tres hombres con los cuales ella podía estar horas escuchándolos hablar: su esposo, luego su amante Liber Forti y mi padre José Luis. La fama de José María trascendía fronteras. Cuando su hija Beatriz conoció a su esposo décadas más tarde, el abuelo, ilustre intelectual y educador cochabambino Luis Guzmán Araujo, le dijo: “yo conocí a su padre, era un hombre de una cultura superior”.

Desde entonces, Elena fue la señora Suárez, esposa de uno de los empresarios, intelectuales y políticos prósperos y destacados de La Paz. Atrás quedaron sus años de pobreza. Los Suárez vivían en una cómoda casa en El Prado, y pasaban meses en la finca Parani, en la quebrada de Sapahaqui. Parani era un lugar estratégico donde convergían varias intenciones. Por un lado, por estar a menor altura que La Paz (3.100 metros), tenía el clima perfecto para la siembra de uva. José María había montado una exitosa empresa vitivinícola, cubriendo todo el proceso industrial. Contaba con lo necesario para un buen vino, desde los viñedos con riego hasta la prensa, los depósitos, las barricas de roble, los materiales para el embotellado, el transporte y la comercialización en la ciudad. Por otro lado, la casa-hacienda era cómoda y espaciosa. Tenía cuartos para todas las necesidades y las visitas que quisieran recibir, todos los muebles listos para ser usados cuando ellos llegaban. Un precioso pasillo en el segundo piso con arcos moriscos, columnas, piso de madera y paredes empapeladas, disponía de cómodos sillones y fungía como balcón con vista al río. Con las comodidades urbanas y disfrutando de los privilegios de lo rural, en la casa se hacían fiestas sociales y reuniones políticas. Elena disfrutaba de la vida social intensa,

entre bailes y pláticas, amigos y familiares de visita, y José María invitaba a rotarios y autoridades del mundo político. Una bella foto lo revela: en el corredor, sentados miran a la cámara los miembros la familia del presidente liberal José Luis Tejada Sorzano acompañados del dueño de casa. Todos formales, los varones de traje y corbata, las mujeres ataviadas con vestidos sobrios. Habrá sido a mediados de los años treinta. Pasaron solo unos años del matrimonio y nació Beatriz, la hija de José María y Elena, el proyecto común más importante que los conectó por el resto de sus vidas.

Elena era feliz, entre la ciudad y el campo, en el centro de la vida social. Por eso le fue incomprensible cuando su esposo le anunció que vendería todo: las casas de La Paz, la finca de Parani, la empresa, para irse a Tupiza, a la finca llamada Santa Rosa. Se sintió desterrada, a días de distancia de la ciudad. “Voy a vivir en el infierno verde”, decía refiriéndose a la famosa cueca de la guerra del Chaco. Poco a poco la vida en la nueva finca le fue gustando. Recibía a sus familiares y parientes por largas temporadas: que si su hermano había tenido problemas de trabajo, que si su amiga enviudó, que si un primo necesitaba un tiempo de reposo. La vida social no era tan intensa como la de Parani, pero las comodidades eran notables, y su dinámica social se alimentaba tanto de sus visitas como de la vida de los hacendados de la zona. Terminó adorando Tupiza y hasta sus últimos días recordó ese período como su mayor gloria.

La vida de pareja de Elena y José María recibió la factura del tiempo, que ni la presencia de la adorable hija pudo pagar. Decidieron divorciarse, con lo que empezó una nueva peregrinación. Partió nuevamente a La Paz, dejando a José María despojado de la niña que se había convertido en su razón de vivir. Aunque su exesposo le enviaba regularmente una pensión deciente, no la administraba bien y con frecuencia tenía dificultades. Tres cartas de 1950 (una por mes, de mayo a junio) de

José María dirigidas a su exesposa (guardadas por Beatriz hasta hoy) dibujan la tensa relación entre ambos: su llamada de atención por la vida disipada, el malgasto de los recursos que le envía y la poca planificación de Elena en La Paz. El tono es desgarrador. José María le reclama que se llevó a su hija a La Paz en vez de irse a Tupiza o a Tarija, que estaban más cerca, “así habría podido yo también ver a mi hijita, cuya ausencia me está matando. Recuerdo que alguna vez dijiste que hay diferentes maneras de matar maridos. Y supongo que esta sería una de ellas”. Se entiende que Elena le pide más dinero, a lo que revira: “ya puedes imaginarte el sufrimiento que me causa el que me digas que no te alcanzan los recursos para atender a Betinita [...], al mismo tiempo, me causa extrañeza que no puedas atenderla como es tu obligación”, dado el dinero que recibió. Le recrimina: “estás sufriendo tu falta de previsión y haciendo sufrir a mi hijita”, y le dice que debe acomodarse a su situación económica: “todos debemos acomodarnos a nuestras posibilidades económicas. Tú no eres rica y debes vivir modestamente, a lo que te permitan tus recursos”. Le invita a que sea “más reflexiva y reorganices tu vida en forma de poderla pasar sin mayores contratiempos. Aprende a vivir y desecha las ilusiones que te están llevando a la ruina”. Le sugiere organizar sus gastos: “debes reservarte siquiera unos Bs. 8.000 para tus gastos imprevistos y para salir de apuros, cuando, por cualquier motivo, me pudiera demorar en el envío de tu pensión. Ahora más que nunca necesitas ser muy previsora, para capear las graves dificultades que resultan de la falta de un hogar”. Se refiere constantemente con ternura desbordante hacia su hijita, que “tendrá todo mi apoyo [...]. Tengo un deseo muy grande de verla”, asegura, pero viene el invierno y su salud no se lo permite; “no debo experimentar un fracaso, que destruiría el porvenir de Betinita...”. Le pide que su hijita le escriba unas cuantas letras que “son tan gratas y consoladoras para mí”, que le comunique de los “extras que le envía su papito”.

Se despidió con “besos a mi amorcito, a mi encantadora hijita, a mi Betinita”.

La correspondencia refleja la angustia de José María que, a esas alturas, ya sabía de su enfermedad y veía un fin inevitable. Su mayor preocupación era el futuro de su hija, y que su madre no administre con sabiduría su economía, su crecimiento y su estabilidad emocional. Pasó poco más de un año: el 15 de junio de 1951 José María murió.

Tras la desaparición de José María, Elena y Betina se instalaron en Santa Rosa, en la “casa chica” que le tocó como herencia. La finca era de menores dimensiones, pero tenía buenas tierras y toda la estructura de producción. Rápidamente, Elena hizo los arreglos necesarios, construyó una casa, oficinas, corrales, estableció contrato laboral con los peones, cuidó a los animales. Continuaron sus visitas largas sus hermanos, su cuñada, sus sobrinos, sus amigos. Montó la empresa y sostuvo la economía familiar durante varios años. Además, era una esmerada educadora de servidumbre. A cada empleada que llegaba, le enseñaba a leer, a coser, a tejer, a zurcir, a poner botones, a nadar, a cocinar. A los meses, todas las empleadas que pasaban por su casa adquirirían diversos oficios que les permitiría un mejor desempeño en el mercado laboral.

En uno de los múltiples viajes en tren, Elena conoció a Líber Forti, perteneciente a una familia argentina que tenía la imprenta Renacimiento. Líber, anarquista, luchador y seductor, encantó a Elena y empezaron una relación de pareja estable. Si con José María la edad era el punto de mayor divergencia, con Líber era la posición ideológica y social. Elena había conocido la pobreza en su adolescencia, y no pretendía volver a ella. Quería una familia, estabilidad, un marido, una casa, un ingreso fijo. Líber, en cambio, tenía en su agenda la revolución social y cultural. Fundó y dirigió el teatro Nuevos Horizontes como un instrumento de concientización de los mineros. Se vinculó al sindicalismo y vivió sus días tratando de cumplir la máxima

anarquista de no tener ataduras materiales ni hijos ni matrimonio. En su casa recibía a sus compañeros de distintos lugares del país y del mundo, siempre militantes, obreros, campesinos, intelectuales. Elena los atendía con desgano, incluso llegó a lavar los overoles de algunos de ellos luego de la amorosa petición de su pareja, y mucho tiempo se reprochó a sí misma por su docilidad. Alguna vez, cuando yo le pedí que me lavara un pantalón, me confesó que solo lo había hecho en aquella ocasión, pero que para mí lo hacía con gusto y amor. En alguna ocasión, Líber organizó un festival de teatro que dejó algunos pocos réditos económicos; ella estaba feliz pensando que aquello les permitiría renovar los enseres domésticos que ya habían envejecido, pero Líber gastó el dinero comprando zapatos para los niños pobres tupiceños. A pesar de las diferencias, vivieron unos años felices y enamorados, Líber llegó a considerar a Beatriz como la hija que nunca tuvo ni quiso tener. Lo que los quebró vino por el camino del deseo. En una ocasión, Elena llegó inesperadamente a su casa y encontró a Líber besando a una mujer y sus manos acariciándole los pechos descubiertos. Elena sintió desfallecer, vio caerse su relación irremediamente, llevándose su corazón por los suelos. Líber intentó una explicación, insistió en que la amaba, que lo que vio no era importante, un acontecimiento sexual fortuito, pasajero. No pudo, su capacidad de convencimiento de masas, su magnetismo revolucionario ya no le funcionó con su pareja. Elena, destrozada, le escribió una carta fechada el 2 de julio de 1954 que encontramos entre sus cosas guardadas luego de que murió. Así se despedía:

¡Qué fácil sería todo si yo pudiera encontrar las palabras para decirte cómo y cuánto te quiero y explicarte lo que significas para mí! Porque estoy segura que si me atreviera a decirte que desde que vi por vez primera tus ojos negros y dulces supe que te quería, sin reflexión y sin cálculo, más allá de la vida y de la muerte, me comprenderías por fin.

Si te amo a pesar del sufrimiento que me causas y de todas las lágrimas que tan a menudo me haces derramar. Te quiero sin saber por qué, inexplicablemente, en un impulso que brota del corazón y me hace cambiar todas las glorias del mundo por una sola mirada tuya.

Y hasta soñé en eternizar este amor y consumir mi vida entera en su holocausto. Pero tengo miedo. Miedo del sufrimiento futuro y de las horas amargas que vendrían cuando esta llama que hoy nos envuelve lo haya consumido todo, dejándome apenas un poco de ceniza tibia entre los dedos y en los labios el amargo sabor de los besos ya muertos.

Por eso prefiero renunciar a tu amor ahora, cuando todavía me amas. Bien sé que mi adiós va a llenar de lágrimas tus ojos y a clavar una espina de angustia en tu corazón, pero soy terriblemente egoísta y prefiero este dolor compartido a tener que sufrir un día envuelta en la absoluta soledad del desamor, la amargura infinita de ver cubrirse con un velo de cansancio tus ojos que amé tanto o dibujarse una mueca de hastío en la boca que me besó.

Elena no tenía de dónde sacar fuerzas para dejar a su amado. Se entregó a san Silvestre, le pidió “que no se me mueva un pelo cuando vea a este hombre en frente de mí”. La demanda era tan grande como la promesa: toda la vida cultivaría la devoción si se le cumplía el pedido. Y así fue, en su veladora, siempre tuvo su imagen a la que le prendía velas con regularidad y fe. Cuando murió, el 27 de marzo del 2007, la enterramos con su san Silvestre para que la acompañe en el nuevo viaje.

Líber fue una decepción amorosa, pero no la última. En 1956 conoció a Ernesto Paz, un beniano que le prometió formar una familia con ella. Tuvo a su amado hijo Fernando, pero el padre se fue a Santa Cruz para no volver. Elena volvió a Santa Rosa, continuó con la administración de la finca y con la gestión de sus recuerdos, hasta que Beatriz, a mediados de los sesenta, se casó, se fue a España y decidió venderlo todo. Se cerraba un pe-

ríodo. No fue fácil, no comprendió la ausencia de su hija –que, entre otras cosas, se manifestó en la aparición de sus primeros ataques de epilepsia, enfermedad que tuvo hasta su muerte–, la venta, el dejarlo todo. Pero los tiempos eran nuevos. Se fue a La Paz con su hijo, adquirió un departamento en el que vivió varias décadas. Murió a los 84 años por un cáncer que lentamente la consumió, sus últimas horas las pasó con su hijo Fernando y su nieta Patricia; Beatriz estaba en México con Hugo José, que acababa de ser papá de Anahí. La vida siempre fluye.

Mamá Elena:

En una mañana de septiembre del 2024, a poco tiempo de que se cumplan veinte años de tu partida, me siento en un café a escribirte esta carta tardía. Fuiste la abuela con la que más conviví, la más cercana. Tal vez nunca te dije todo lo que te quise; y tú que repetías aquel bello poema: “en vida hermano, en vida”. Aquí me tienes, escribiéndote al infinito desde algún rincón de la Ciudad de México.

Extenso sería el inventario de los recuerdos que tengo contigo. Desde aquel chocolate caliente en la noche que nos preparabas cuando nos quedábamos a dormir en tu departamento en el edificio Diana, o el jugo de naranja por la mañana luego de un baño de tina. O el relato que contabas cuando recibiste la noticia de mi nacimiento desde España, agarraste el telegrama y entraste al Palacio Consistorial de La Paz hasta el despacho de mi abuelo, tu consuegro, entonces alcalde de la ciudad, para decirle: “General: tenemos un nieto”. O los almuerzos en los que solo venías a mi lado “para que no comas solito”.

Siempre tuve tu ternura, tus palabras. Quizás tu amor hacia mí lo expresarte haciendo lo que mejor sabías: tejer. Guardo tus chompas, recuerdo cada vez que me llamabas

para que me las mida mientras estaban en plena confección, me preguntabas los colores, los modelos, los adornos, y en unos meses tenía una chompa nueva. Ponérmelas era sentir tus manos, tus cuidados, tu cariño.

Fue tarde cuando entendí parte de tus angustias. Alguna vez, cuando pasaba por una crisis de amor, Fernando me dijo: “mirá la experiencia de la Mamá Elena, habla con ella”. Y era cierto, vaya que sufriste de amores. Cuando leí tu carta a Líber entendí parte de tus decepciones, y las crucé con las historias que me habías contado. Comprendí tu fe, tus promesas, tus entregas. En otro episodio recordé tu infancia, tu cruda orfandad, tu devenir adulto obligada ante la tragedia.

También fue tarde cuando el Fer me contó tu tristeza al ver a Beatriz partir a España; la instrucción fue desconcertante y desgarradora: “vende todo”. Se iba tu hija amada, se acababa un mundo. A los meses, seguramente fruto del dolor, llegó una de las enfermedades que te acompañaría hasta el final, de la que fui testigo. Con el tiempo, supe lo que es partir y dejar a la familia, cuando yo lo hice viniéndome a estudiar a México. Y todavía después fui yo quien sufrí el vacío, cuando mis niñas decidieron volar.

No te acompañé en tus últimos días. Estaba en Michoacán, esperando la llegada de Anahí, y a la vez arrinconado por mi propia de salud en jaque. Estaba mi madre conmigo, mi hermana y el Fernando nos daban informes minuciosos y detallados de cada movimiento tuyo. Supimos cómo te fuiste, cómo te despediste. Nos llenamos de dolor cuando nos dijeron que partías. Desde entonces, siempre que puedo, visito tu tumba en el Cementerio Jardín, y repaso tus recuerdos.

Escribo estas letras, en parte, como una manera de registro de tus caricias.

Hugo José

III. SANTA ROSA DE BEATRIZ

Beatriz, la niña bella, vivió una infancia singular, con todas las comodidades propias de la hija pequeña del hacendado. Más de medio siglo ha pasado, y sus recuerdos fluyen como una cascada que dibuja sus ya lejanos años. Se sienta en el cómodo sillón de roble fino con almohadones rojos, aquel que estaba en la sala de su finca, Santa Rosa, cuando José María vivía y ella era la niña de sus ojos. Empieza el relato sobre su pasado, le asaltan las imágenes, entre sollozos y vida. Al lado, en una mesa vestida, está vigilante el retrato de su padre. Al frente, las fotos de cuando fue reina de belleza de Tupiza, entre estantes llenos de libros.

“¿De dónde te viene la pasión por la lectura?”, indago. Y empieza a fluir. Cuenta que en realidad su infancia fue solitaria. Llegó a alegrar la vida de su padre que ya había pasado los sesenta años y su madre que apenas se acercaba a los veinte. Nació un 4 de julio en La Paz, y residió en Santa Rosa entre sus cuatro y ocho años, en un paraíso solitario. Su padre se sintió dichoso al ver las sonrisas de Betinita, su niña que bien podría haber sido su nieta. Liberal y ateo de convicción en una época en la que aquello era una rareza, al ser nuevamente papá dijo: “hasta puedo reconsiderar mi creencia en un Dios”. Volcó su vida, acaso sabiendo que serían sus últimos años, hacia su adorable hijita.

Beatriz tuvo una niñez atípica, sin pares, sin primos, sin amigos, solo sirvientes y dos niñeras pendientes de ella. Al no tener suficiente leche de su madre, su papá contrató a Olga, una empleada que recién había dado a luz un saludable bebé, para que compartiera el pecho con su hija. Olga, claro

está, era sobrealimentada con huevos y carne para que no le faltara leche. Al saberse indispensable, Olga exigió aumento de sueldo, amenazando con que se iría si no lograba mejor salario y poniendo en jaque a los padres. Luego de unos meses, Elena preocupada, fue al pediatra quien, al ver la situación, le recomendó simplemente que cambiara a leche en polvo, que hicieron traer desde La Paz; *Klim* era la marca norteamericana que estaba de moda. Cuando la niña cumplió un año, empezó a tomar leche de vaca de la finca. Es más, diariamente en su mesa del almuerzo de mediodía, había una jarra de leche, una Coca-Cola traída desde La Paz, y una botella de agua. Hasta que fue adulta, a ella le pareció normal que el almuerzo tuviera de compañía un vaso de leche.

Al verla sola, José María buscó crear un mundo infantil para Beatriz. Procuró a las hijas de peones que fueran de la misma edad con la misión de jugar con la pequeña, y “pararse de cabeza” si ella así lo solicitaba. Las niñas iban contentas y la pasaban bien, además de ser alimentadas con empeño, pero, aunque el encargo era tomado al pie de la letra, el resultado era contraproducente: jugar “pesca-pesca” resultaba aburridísimo para Beatriz porque las niñas corrían más lento, dejándose pescar cuando era su turno. Al poco tiempo la relación tornó complicada, las niñas invitadas aprendieron rápido el nuevo juego: le pedían a Beatriz que solicite dulces a su padre para que se los diera a ellas; su papá quedaba sorprendido por la desproporcionada demanda de golosinas. Aunque las niñas campesinas la pasaban fabuloso, Beatriz se sabía incómodamente distinta. Al poco tiempo, abortó la pequeña y artificial comunidad infantil. Su refugio fueron los libros, donde descubría universos infinitos. Se tiraba horas enteras en su cama a leer y disfrutar de la nutrida biblioteca de papá, que acogía decenas de libros para niños. A menudo, José María le enseñaba poemas que su pequeña aprendía a recitar. Leyó las historias más fantásticas, los clásicos infantiles, a veces al lado

de su padre, deviniendo en una ávida lectora, convirtiendo a los libros, como quería Borges, en su mayor gozo, su máximo entretenimiento.

La niña tenía dos habitaciones asignadas para su uso exclusivo. En una de ellas estaba su cama, con sábanas bordadas a mano, siempre limpias y cuidadas, cortinas elegantes de colores vivos, paredes empapeladas con motivos infantiles, cuyo ventanal daba hacia el campo, permitiendo disfrutar del atardecer. El cuarto de juguetes estaba en el extremo del corredor, adornado con macetas y plantas de todo tipo, al lado de la biblioteca de su papá. Tenía dos ventanas, una daba a un sauce llorón y la otra dejaba escapar la vista hacia los campos, adornados con árboles centenarios regados en lejanía que en verano lucían verdes y floridos, y al fondo, poético, pasaba el tren. Al lado había un jardín de invierno con rosas delicadas que crecían al abrigo del hogar, protegidas del viento y del frío. En ese espacio tan suyo estaban sus juegos, sus peluches, su vitrola y sus muñecas. Estas tenían todas las indumentarias para garantizar entretenimiento: camitas a escala, living comedor, cocina, varias mudas de ropa, un departamentito donde se podía jugar a la vida cotidiana. Mientras describe su espacio tan querido con cuidadoso detalle esculpando en su pasado, aparece en el relato de Beatriz una muñeca consentida: Marilú, que tenía cabello de apariencia natural, articulaciones con movimiento –una novedad para entonces, pues solían ser rígidas–. Marilú era una muñeca de origen alemán cuya fabricación radicó en Argentina a partir de la década de 1930, convirtiéndose en la más prestigiosa y popular para una generación, apoyada en una industria cultural completa. Fue José María quien adquirió una de esas preciadas y finas muñecas para su hija adorada en un viaje a Buenos Aires, y se la trajo con todos los accesorios necesarios. Por supuesto que mucho tiempo después Marilú pasó a manos de Patricia, hija de Beatriz, quedándose como parte de la familia.

Preocupado por la educación de Beatriz, José María contrató una profesora privada, antes de que le toque ir a la escuela a Tupiza. Sus avances eran notables, pero no tanto en lectura como en memorización. El texto utilizado era el de iniciación a la lectura de Constancio Vigil, titulado *Upa!*. En cierta ocasión, la maestra quiso mostrar a José María los avances de la niña: “Dr., su hija es inteligentísima, ya sabe leer”, anunció, y le pasó un libro. Beatriz repitió el texto sin detener los ojos en las letras sino más bien mirando a la ventana. José María, sorprendido, le cambió de página, con lo que constató que no había aprendido a leer, pero sí a memorizar. Quedó clara la simulación y la profesora fue despedida. Sin embargo, había sido sembrada la pasión por conocer historias que luego pudo decodificar de los libros sin problema, cuando le tocó asistir al colegio.

José María sabía que la vida no le alcanzaría para acompañar mucho tiempo a su adorada niña; no la iba a ver crecer, convertirse en adulta. No estaría ahí cuando ella lo necesitara en otro tiempo. Intuía, incluso antes de tener conciencia de su enfermedad, que la distancia etaria era implacable, que quizás esos momentos compartidos en Santa Rosa serían los únicos, y los últimos. Había que aprovechar cada minuto, dejarle enseñanzas, saberes, destrezas. Asegurar, en lo posible, su futuro. Ya le había inculcado el placer por la lectura como ventana al mundo y la cultura, pero no era suficiente. La vida puede ser cruel, hay que saber cuidarse, andar con cautela, con sabiduría en los tantos imprevistos frentes. En una ocasión quiso enseñarle la importancia de la palabra, de la firma, de dónde se pone el nombre. Él, liberal, abogado, hombre de letras y conocedor de leyes, le trajo un papel en blanco y le pidió que lo firmara. La niña accedió. La parte de arriba la rellenó con un texto contundente, casi cruel, pero pedagógico: “regalo mis juguetes al portador de la presente”. José María reflexionó con la pequeña: “nunca firmes un papel en blanco, cuida dónde po-

nes el nombre”. Beatriz aprendió la lección. Tenía una herramienta más para las batallas que algún día tendría que librar.

Mientras corría la década de 1940, en aquellos primeros años de vida de Beatriz, la finca Santa Rosa atravesaba por su mejor momento. La comodidad, el lujo, en pleno campo, es recordado a la perfección por Beatriz, que reconstruye cada detalle en su relato. La “Empresa Agrícola e Industrial Santa Rosa de José María Suárez” –como se anunciaba formalmente– abarcaba varias hectáreas de siembra, poseía animales de distinto tipo: conejos de castilla –con una casita especial cuidadosamente construida para albergarlos–, gansos, palomas, variedad de gallinas, patos tipo Rhode Island, ovejas de raza Dorper, cerdos, burros, caballos y mulas, vacas, perros. De los animales se extraía lana, carne, leche, queso, que se comercializaba en la zona. Se contaba con un camión Chevrolet y tres tractores Caterpillar (uno de orugas y los otros de llantas grandes que auxiliaban al camión cuando se enfangaba porque en el camino hacia Tupiza abundaban los obstáculos). La empresa requería empleados de distinto tipo para su funcionamiento. Peones, herreros, administradores, mecánicos, choferes, cocineras, jardineros, sirvientes. El agua para el consumo doméstico venía de un pozo; la luz eléctrica entre las seis de la tarde y las doce de la noche de un molino (para cortar el suministro a media noche, el encargado parpadeaba con cinco minutos de anticipación para que se tomen las provisiones respectivas); había otro molino para el maíz y el trigo. Al principio no tenían cómo mantener los alimentos frescos, por lo que la carne se la depositaba en un compartimento al interior del pozo –al cual la niña tenía prohibido asomarse–; luego, posterior a un viaje a La Paz a finales de los cuarenta, llegó el refrigerador marca Servel que, siendo la tecnología de punta de la época, no necesitaba electricidad para su funcionamiento, solo que-ro-sene. Desde entonces se podían conservar frutas, leche, carne y verduras.

Beatriz recuerda con notable precisión cada detalle de la casa que habitó esos años felices. El jardín externo era enorme, con piscina y árboles frutales, al lado de la huerta en frente de los alfareros. Un camino de pinos japoneses que florecía en verano formando un túnel fresco conducía, luego de atravesar por una acequia, a la gradería de la entrada de la casa, adornada con rosales rojos y blancos. A un costado, José María hizo a construir dos columpios de madera para la diversión de su hija. El frente de la casa tenía cinco gradas en la entrada que llegaban al porche adornado con balaustas, que, entre plantas y sillones, resultaba un maravilloso lugar para sentarse y contemplar el paisaje, en especial cuando el sol se retiraba. La vivienda estaba dividida en varias habitaciones, dos para la niña y una para el matrimonio, el cómodo escritorio y tres cuartos para la biblioteca de José María. Había espacios para la vida social, dos livings, uno con una estufa de hierro con leña lista a sus pies para ser encendida en cualquier momento, un *hall* interno, un *office* con sofás en cuyos compartimentos se guardaban varios enseres, muebles finos de roble, una cómoda con manijas de plata, un aparador con espejo, lámparas de porcelana con protector de cristal que se iluminaban con aceite, camafeos en marcos con fondos de terciopelo colgados en la pared, adornos finos europeos. Los cuadros eran un capítulo aparte, además de un gobelino belga en uno de los muros, pintores prestigiosos adornaban la sala, entre ellos, cuatro lienzos con personajes pintados por el connotado artista austriaco Julius Kahrer, en gruesos marcos con motivos barrocos laminados con pan de oro (curioso destino de los cuadros: aparecieron décadas después en el depósito de una tía en La Paz, algunos fueron innecesariamente regalados, y un par sobrevivieron en manos de mi hermana Patricia y las mías). Pero nada marcó tanto a Beatriz como el almuerzo que sucedía en el comedor a las doce en punto del mediodía. En la mesa, puesta sobre manteles bordados, una fina vajilla de por-

celana de Sevrès, cubiertos de plata y copas de cristal de roca de baccarat, se sentaba José María a la cabecera, a la izquierda su esposa Elena, a la derecha su hija Beatriz en una preciosa silla de madera especialmente confeccionada para ella, y el administrador y contador. Parada atrás de Elena, un ama de llaves con mandil y un secador bordado entre las manos, atenta a recibir las instrucciones necesarias; ella era la encargada de recibir los platos y fuentes a través de una ventanita que comunicaba a la cocina, las ponía en la mesa y las recogía una vez que estaban vacías. La abundante mesa tenía, además del menú preparado para el día, platos con choclos recién cosechados, dos tipos de mote (pelado y entero), queso de cabra o de vaca, pan horneado en barro, gaseosas traídas desde La Paz, agua y leche. Al otro lado de la ventana, se instalaba otro mundo, el de la servidumbre. Ahí comían –los mismos alimentos, pero en otra vajilla– la cocinera, el jardinero, el hortelano, el patero, sus hijos y parejas. Los universos separados estaban obviamente desequilibrados: de un lado, los patrones eran tres más los empleados de alto rango; del otro, los más de diez sirvientes. La desigual proporción se mantuvo aun cuando el sello aristocrático se diluyó en la familia: décadas más tarde, en la casa de clase media en San Miguel en La Paz, a veces la cantidad de personas en la pequeña cocina era mayor a la de los comensales en la mesa central.

Afuera de la casa, en un patio trasero amplio donde descansaban las varias carretas, estaban las habitaciones de la servidumbre más cercana. El administrador, el contador, el herrero, el carpintero tenían sus pequeños departamentos. Muy cerca, estaba el galpón para almacenar maíz y trigo. En la mañana temprano, el sereno tocaba una campana que anunciaba el inicio de la jornada laboral.

Los años felices de Beatriz tuvieron la compañía de varios animales, perros y caballos. Aprendió a montar rápidamente, convirtiéndose la equitación en uno de sus entretenimientos.

Nadó en ríos, acequias, en la piscina, y se columpiaba en las ramas de los sauces. Adoraba sus canes, crecía conociendo de cerca el ciclo animal; vio nacer y morir vacunos, ovinos, patos, pollitos, conejos. Paseaba por los campos y disfrutaba de ver las estrellas en las noches, especialmente cuando volvía de Suipacha luego de la misa: su niñera la cargaba mientras ella miraba la Vía Láctea expandida en todos sus detalles en el firmamento; llegando a casa, papá las recibía con chocolate caliente.

Salvando algunas inclemencias naturales –como aquella vez que llegó la plaga de langostas que destrozó los campos y no dejó una hoja verde en pie, o las crecidas de los ríos que se comían tierras cultivables movilizándolo a todos los trabajadores para luchar contra las aguas–, su vida de campo era fabulosa, casi de cuento, hasta que llegó el divorcio de sus padres y su calvario. Beatriz se trasladó a La Paz por una temporada, la inscribieron en un colegio de monjas que tenía la disciplina como máxima. Fue sometida a un régimen estricto y religioso que la perturbaba y que hasta hoy recuerda con amargura, casi con rencor. En la ciudad, lejos de su papá, vivía con su madre en distintos departamentos que iban cambiando periódicamente. José María enviaba una cómoda pensión a Elena y regalos para su hija, y quedaron en que todas las vacaciones volverían a Santa Rosa. La pequeña soñaba con su finca y solo quería volver. Con sus ocho años, sabía que el tren internacional Argentina-Bolivia, con cómodos camarotes, salía de la Estación Central de La Paz a las once de la mañana y llegaba a Tupiza a las tres de la tarde del día siguiente. Pero había un problema insalvable: no sabía llegar a la terminal sola. Beatriz, empeñada en continuar la comunicación con su papá, aprendió a escribir con rapidez –siendo la primera en hacerlo en su colegio– y mantuvieron por unos meses un tierno intercambio epistolar. Las cartas de respuesta de José María derrochan cariño. Se dirige a ella con palabras dulces: “niñita”, “amorcito”,

“mi encantadora”, “mi hijita”. “Deseo que estés acordándote de tu papito, que pronto tendrá el gran placer de verte y tenerte una temporada aquí en las vacaciones de fin de año. Hasta entonces tendremos un poco de paciencia”, le dice. Le comparte los problemas económicos de la finca, y la dificultad del momento político, pero las cosas se compondrían y, afirma, “podré darte gusto en muchas cosas”. “Ya sabes –continúa– que vivo para ti, y que tú necesitas educarte comprensiva y distinguida, como digna hijita mía, para ayudarme en la vejez y disfrutar, a la vez, de mi inmenso cariño [...]. Millones de besos, mi dulce hijita”.

En una bella misiva escrita desde Santa Rosa, fechada el 18 de mayo de 1950, le escribe:

Mi adorada hijita:

No te imaginas el placer tan grande que he tenido al leer la primera cartita que has escrito en tu vida dirigida a tu papito. La voy a guardar con tus retratos. Espero que sigas escribiéndome y acordándote de mí.

No podré ir para tu santo, porque el mal tiempo del invierno pudiera hacerme mal. Quiero cuidarme para poder vivir algunos años y poder cuidarte y hacerte feliz. Si me muriera pronto, sería una desgracia muy grande para ti.

Iré a traerte para las vacaciones de octubre. Puedes venir con tu mamita, para que te atienda. Tienes aquí tu cuarto listo, con dos camas y todas tus cositas: tu máquina de coser, tu vitrola, tus juguetes, camas, etc. A la vitrola no permito que la toque nadie.

Allí no debes preocuparte de fiesta para tu santo, no estando con tu papito. Además que la situación de La Paz y de toda la República es muy crítica. En estas cosas no debes ser exigente. Cuando mejore la situación será otra cosa.

Te tengo destinados tres mil bolivianos para tu santo. Si no te los doy de inmediato, te los daré después. El triciclo,

no teniendo casa con patio ni espacio, no creo que te convenga. Piensa en alguna cosa que te sea más útil.
Saluda con cariño a tu mamá y recibe miles de besos de tu papito.

José María

Poco después de tal emotivo intercambio, comenzó la noche. José María enfermó. Fue a Buenos Aires a ver de qué se trataba, donde, además de tener una medicina de excelencia, vivía su hermano Carlos, consagrado médico que lo guio ofreciéndole la mejor atención. Beatriz no tiene muchos detalles del viaje, pero todo indica que le descubrieron un cáncer, le quitaron el tumor maligno, y volvió a Tupiza. La enfermedad no había desaparecido. La metástasis se manifestó meses después en el hígado. José María sabía que era irreversible, y los pocos meses que tenía al frente quería pasarlos al lado de su adorada hijita. Rentó una casa en Tupiza y le pidió a Elena que vivieran los tres juntos, no como pareja, de hecho con cuartos separados, pero que pudieran compartir el tiempo que la vida le diera. Contrató una ama de llaves para que se encargara de todos los cuidados de la casa y las emergencias médicas. Beatriz entró a otro colegio de monjas, José María la iba a recoger; todavía recuerda que sus amiguitas le preguntaban si era su abuelo, y ella respondía con decisión: “no, es mi papi”.

José María y Beatriz dormían en una misma habitación en camas contiguas, él leía un libro sobre la guerra de Corea y ella *Robinson Crusoe*. En las noches él roncaba, lo que despertaba y asustaba a Beatriz, que le gritaba “papito, papito”. Él la calmaba tiernamente: “no te asustes, hijita, los mayores siempre roncamos”, hasta que se volviera a dormir. Pero su salud se fue deteriorando. Como el cáncer atacó el hígado, sudaba mucho, manchando las finas sábanas de lino, dejándolas amarillas. Los cuidados médicos se intensificaron. El cuerpo de José María respondía con dificultad. A una de sus hijas se

le ocurrió llevar a un cura para que le diera la extremaunción, pero José María todavía tenía fuerzas para negar la presencia del sacerdote. En el pasillo, la discusión de los parientes católicos era desconcertante: se preguntaban si podría alcanzar la salvación solo con el arrepentimiento o necesitaba rezar un Padre Nuestro. Se tomó la decisión de que la adorada Betinita era la más indicada para cumplir la misión: tenían que rezar juntos. Mientras Beatriz revive con precisión cinematográfica la escena, se le escapan las lágrimas: “entré a la sala, él estaba echado, le tomé de la mano y le dije ‘papito, recemos el Padre Nuestro’. Él, que era ateo, accedió a hacerlo para complacerme; empezamos juntos, pero yo me había olvidado los versos, así que él continuo solo hasta terminar”. Su cuerpo estaba viviendo el último suspiro. Necesitaba unas medicinas que venían de La Paz o de Argentina, pero la huelga de trenes que imperaba en esos días impidió que llegaran a tiempo. Elena decidió que lo mejor era que Beatriz no continuara en el cuarto, así que la mandó por tres días a la casa de las monjas. Cuando volvió, le dijeron que se habían llevado a su padre a Tarija para curarlo. Ella, a pesar de sus nueve añitos, sabía que había muerto. Fue años más tarde que le contaron la verdad. Los dolores de José María eran insoportables, le dieron medicinas para calmarlo. En su habitación había varios parientes acompañando su agonía. Levantó la vista, abrió sus ojos verdes por última vez y miró atentamente alrededor como si supiera que sería la última. Dice Elena que parecía que estaba buscando el rostro de su hija adorada, en ese momento ausente. Luego los cerró para siempre. Llevaron sus restos a Tarija, donde fue enterrado con honores. En su tumba hay una placa que dice: “recuerdo de sus hijos, 15 de junio de 1951”. A los nueve años, la pequeña Beatriz conoció la ausencia. No es cierto: los recuerdos la habitan.

El álbum de la infancia

Es un pequeño cuaderno de cuero que cabe en la palma de una mano. Las hojas son café, unidas por un cordel que las atraviesa y las pega al lomo. Contiene varias de las fotos en blanco y negro donde Beatriz aparece de niña. Nos sentamos en su sala en San Miguel una tarde de julio del 2024. Han pasado más de siete décadas de aquellos años detenidos, guardados en esas páginas. Lo abre, empieza la magia mientras recorre las imágenes de antaño, deteniéndose en cada una con palabras que les devuelven la vida.

HJ: ¿Qué tienes en tus manos?

B: Este es un álbum que me regalaron dos amigos que tenía cuando era niña, se llamaban David y Anita Llewelyn, eran hijos del contador de Santa Rosa y tiene una dedicatoria muy bonita que dice: “Betinita querida, este es un recuerdo de tus amiguitos Anita y David”. Luego son fotos más de cuando era chiquita, que las puso mi mami, la mamá Elena.

Por ejemplo, la primera foto es en el jardín de atrás de Santa Rosa, estoy sentada con mi gato. Esta es en la puerta de Santa Rosa, con un vestido de marinera, que le encantaba a mi mami; me lo ponía y a mí me causaba horror porque me picaba mucho.

HJ: ¿Qué año más o menos?

B: Esto ha de ser el cincuenta.

Estas otras fotos son... yo subida en las mazorcas de maíz, que se ponían en pirámide para desgranarlas. Y aquí, creo que también con mi gato. Esta foto, por ejemplo, es con los amiguitos que me regalaron el álbum, Anita y David, y con varios parientes y empleados que vivían aquí, en Santa Rosa. Esta es con el espantoso traje de marinera en la ventana del dormitorio. Aquí con la mamá Elena, con el peinado de moda, que eran unas horribles trenzas a los lados, amarradas hacia arriba. Se llamaban “trenzas arriba”.

HJ: ¿Quién tomaba las fotos?

B: Mi mami.

HJ: ¿Sabía de fotografía?

B: Sí, era uno de sus pasatiempo. Tomaba fotos en todos lados.

Esta es en la puerta de entrada en Santa Rosa. Este es un amiguito, el Raulito Zavala, cuya mamá era mi tía Nelly; yo le decía tía, aunque en realidad no lo fuera, más bien era mi madrina de bautizo. En aquella ocasión vinieron a visitarnos. Esta también es en la puerta de Santa Rosa; yo con una mesita pequeñita que tenía con mi mantelito, tacitas, sirviendo té a mis muñecas. En todas las fotos soy yo de bebé, en esta estoy con una melena.

HJ: ¿Este álbum te lo regalaron para tu cumpleaños?

B: No me acuerdo.

HJ: ¿Quién lo guardó todo este tiempo?, ¿tu mamá o tú?

B: En realidad, lo guardó mi mami y, ya cuando ella murió, lo tuve yo. Esta es mi yegua que se llamaba *Princesa*, con su potrito blanco.

HJ: ¿Cómo se llamaba el potrito?

B: ¡Ay, no me acuerdo! Creo que *Mambo*. Esta es en Oruro, en la casa de la tía Carmencita. La tía Carmencita creo que está con su perrita y yo estoy disfrazada de española para una fiesta. Estas, todas son en Santa Rosa. En esas épocas había una actriz gringa muy famosa que se llamaba Verónica Lake, y que tenía el pelo suelto, ese era su encanto. La mamá Elena me cepillaba el cabello, que era para mí un tormento; yo prefería tenerlo chiquitito, pero lo tenía largo y crespo. Mientras me lo cepillaba, me decía “a lo Verónica Lake”, para consolarme. Esto es La Paz. Estoy yo disfrazada de húngara. Les encantaba disfrazarme de cosas raras.

HJ: ¿Quién más aparece en el álbum?

B: Aquí está la tía Yola, mi papi, el doctor Calderón y su hija. Esto es un alfalfar, también en Santa Rosa. No me acuerdo dónde estábamos yendo. Aquí estoy con la hija de la tía Lily Málaga, la Estela Jáuregui, en Santa Rosa porque

las tías siempre iban a visitarnos. Después... ¡ah!, esta es otra en la que estoy con el disfraz de española, con el abanico abierto en la casa de la tía Carmencita. Aquí, este es un tractor; teníamos varios tractores en Santa Rosa, uno con llantas grandes de goma, y había otro que llamábamos “oruga” que tenía mucha más potencia y era con llantas de fierro, en vez de ser redondas eran ovaladas. El Fer se debe acordar. Aquí también estoy con mi prima Estela Maris que yo la quería mucho, ha muerto hace poco. Aquí yo estoy con mi cara de espanto porque vi una araña, pero tenía que quedarme quieta para la foto. Aquí estamos, con unas cabritas, la Maris y yo.

HJ: ¿Esa parte es cuándo murió tu papá?

B: No.

HJ: Todavía vivía.

B: Todo este álbum es cuando mi papi vivía todavía. Esta es poquito más grandecita y ya no con el espantoso vestido de marinera. Esta, ¡mira qué linda está la mamá Elena! ¿Quién tomaría la foto? No sé. Aquí yo no tenía ni un año, ocho meses creo, con la mamá Elena. En realidad, todo este álbum lo hizo ella. Aquí estoy con mis amiguitos, Anita y David, en Nazareno. La Anita después se fue a vivir a la Argentina, fue una gran colaboradora de las Abuelas de Plaza de Mayo, y David se convirtió en actor, filmó varias películas. Era actor de teatro y también de cine. Aquí estoy, medio coqueta con no sé qué. Como ustedes ven, con mi cabello siempre largo para mi ataque y beneplácito de la mamá Elena.

Esta es una foto de mi papi, que era miembro de los rotarios en Tupiza; entonces, cada año se hacía una reunión en Santa Rosa, y una especie de parrillada. Esta es la foto de esa ocasión, yo estoy paradita adelante. Esta es una foto, la última, que me sacaron cuando iba a ser reina del colegio.

HJ: ¿Cuándo fue esa última foto?

Debe ser de mediados de los sesenta. Los últimos años de mi finca.

IV. UN VIAJE HACIA LOS RECUERDOS (2014)

Tupiza estuvo presente en el relato de mi familia desde que tengo memoria. Objetos, anécdotas, historias, fotos, visitas. Como el eco permanente de un período que marcó a mi madre, mi tío y mi abuela, resonaba alguna referencia en cualquier conversación. Era el pasado, siempre reanimado en la palabra, siempre actualizado en el relato. Transcurrieron décadas y no se dieron las condiciones para volver. El retorno prometido no llegaba. Fue en el 2000 cuando mi hermana Patricia, mi madre Beatriz y mi abuela Elena pudieron satisfacer el anhelado reencuentro. Partieron a Tupiza no sin cierto temor, sin saber con qué se encontrarían; a Elena le habían advertido: “si vuelves, será como si hubieras conocido una mujer hermosísima de la que ya no queda más que una anciana desahuciada. Será una decepción, mejor quédate con la bella imagen que guardas en la memoria”. Se cumplió la elegía. Las impresiones fueron chocantes desde un principio. La gente pensó que mi hermana era mi madre, que mi madre era mi abuela. El tiempo se había detenido, tuvieron que explicar una y otra vez quiénes realmente eran; los años habían pasado, mi madre había crecido, mi abuela había envejecido, y la bebé que nació en esa tierra en 1966 ahora era una mujer. Llegaron a la finca de Santa Rosa. La casa elegante de antaño estaba cerrada con un candado viejo, en desuso; entraron por la ventana entreabierta forzándola, sacaron unos papeles que todavía estaban en un escritorio y una lámpara descuidada pero que guardaba su finura, que ahora está en la sala de mi casa en La Paz. Fue una

expedición emotiva, desgarradora. Elena lloró con amargura. En efecto, no fue una buena decisión; recordó la máxima de no volver a los lugares donde un día fuiste feliz.

Pasaron casi quince años, en diciembre del 2014, organizamos otra travesía. Mi abuela ya no nos acompañaría, había fallecido. Era una nueva baraja, la familia creció, íbamos un contingente de once personas de cuatro generaciones distintas: mi mamá, mi tío Fernando y su hija Camila, Pati y sus hijas Lucía y Chiara, mi esposa y su hijo Joaquín, nuestras hijas Canela de once años y Anahí de siete, y yo. Para todos resonaba Tupiza de distinta manera, cada uno viviría su propio periplo. Antes de partir, en la terminal de buses, entre el bullicio de la estación y los anuncios por altoparlantes, pregunto qué busca cada uno. Beatriz comienza: “Voy para compartir con ustedes el lugar donde fui más feliz y más triste en mi vida a la vez”. ¿Por qué?, reviro. Responde entre risas y nostalgias: “porque era la reina del lugar, y porque mi papi murió allá, y todo se me vino abajo”. Fernando dice que vuelve luego de cuatro décadas para recordar una etapa de su niñez: “ahí he vivido toda la primaria y la secundaria, nueve años, ahí he aprendido a leer, he tenido los primeros amores, he hecho el cuartel. He venido a recordarlo, y qué mejor que hacerlo con mis parientes más cercanos”. ¿Qué es lo primero que quieres hacer?, pregunto: “quisiera ir a Suipacha, a la escuela donde aprendí a leer”. ¿Qué se te viene a la mente cuando piensas en Tupiza? “La infancia, haber ido a la escuela inclusive a caballo, por las chacras, es el tiempo más feliz de mi vida, el más tranquilo, apaciguado, sin problemas, solo el estudio y el disfrute”. Pati estaba especialmente emocionada de ir con toda la familia para conocer una parte muy importante de nuestra historia no vivida, contada, qué ha ocurrido entre Santa Rosa y Tupiza antes de que nosotros nacióáramos —o en su caso en sus primeros meses—; y más, hacerlo entre todos, los chicos y los grandes. Las niñas reflexionan con ternura sobre las historias

que narró Beatriz en algún momento, será como ir a un lugar del cual escucharon hablar desde siempre; Canela quiere ver si los tamales son tan ricos como en México, y Anahí pretende encontrar una piscina.

La ciudad que nos recibe está lejos de ser el pueblo de los años cuarenta y cincuenta del siglo pasado que conocieron Elena, Beatriz y Fernando. Ahora es un destino turístico, un lugar por donde sucede la competencia internacional Dakar, que se hace sentir en anuncios, poleras y ambiente comercial. Hoy el centro está lleno de tiendas, confiterías y bancos. Entramos a una pizzería que ilustra bien la era del cambio, teñida por lo folklórico y la estrategia turística. Las mesas tienen vistosos aguayos de colores usados como mantel. En las paredes hay afiches que promueven Tupiza y sus alrededores como “La joya bella de Bolivia”; en uno de ellos, pegado como periódico mural, cuelgan pequeños muñecos hechos con lana, vestidos de indígenas, imágenes rurales sobre la siembra o animales altiplánicos, una chuspa, instrumentos musicales andinos. En la pared de al lado, hay una foto grande del Che con boina y uniforme militar que reproduce su frase: “Yo no soy un libertador, los libertadores no existen. Son los pueblos quienes se liberan a sí mismos”. En cada uno de los muros, hay hojas blancas improvisadas con un mensaje escrito con plumón en distintos idiomas. La mayoría me son incomprensibles, solo alcanzo a saber que se trata de árabe, hebreo, alemán, griego, inglés, italiano y francés. Hay uno que sí decodifico sin dificultad: “Estimado cliente, por favor cuide sus pertenencias. Gracias”. Luego pasamos por una confitería; antes de terminar nuestro café expreso, dos jóvenes de origen argentino entran con una guitarra y un violín. Tocan canciones suyas y del “Flaco” Espineta, y pasan el sombrero “para seguir el viaje”.

El paisaje interno de esos lugares va de la mano con la oferta turística en toda la ciudad. Un local vende comida vegetariana, pizzas o pastas con quinua –hoy tan de moda–.

Otro es un servicio de viajes cuyo anuncio está íntegramente en inglés: “Wanted for Sunday. People to the tours to the salar of Uyuni lagoons and volcanos”. Sobran los cafés Internet, los cajeros automáticos con conexión internacional, casas de cambio en dólares y pesos argentinos, y hay wifi en múltiples establecimientos. Hacemos una parada obligada: el mercado de comidas. Ahí el tiempo parece tener otro ritmo. Los tamales –“bombones en chala” como los llama un lugareño– guardan el mismo sabor de antaño –según me dice mi madre–. Las humintas conservan su toque singular: están preparadas con albaca. El pan sabe a pueblo. Los almacenes venden coca en grandes tambores, y en la puerta, lejíja de distintos colores y formas.

Seguimos por una calle lateral. Me detengo en un grafiti: “Mujer, lo más hermoso en el infinito”, dibujado al lado de la casa que antes perteneciera a don Mario Forti, ahora destruida y con cimientos de cemento donde se levanta un edificio. Ahí fue la imprenta y librería Renacimiento, la más grande y completa de toda la región. La familia Forti era de origen argentino, salió escapando de su tierra y se instaló en Tupiza. Líber, uno de los hijos, fundó el grupo de teatro Nuevos Horizontes, que se convirtió en una escuela muy comprometida tanto con el teatro como con las luchas sociales; se presentaba regularmente en los centros mineros, además de las ciudades. Líber, anarquista militante, invitó a Tupiza a maravillosas compañías. Años más tarde Líber se vinculó a la vida sindical, vivió la persecución y el exilio en los años intensos de las dictaduras. Aquella casa, donde mi madre vivió con mi abuela cuando era pareja de Líber a mediados de la década de 1950, era un centro político por donde pasaban anarquistas, sindicalistas y teatreros de todas partes del mundo, un auténtico polo político-cultural del sur del país.

En una de las calles, descubrimos el hospital Dr. Benigno Inchauste, de la Caja Nacional de Seguro Social. Inmedia-

tamente Beatriz recuerda al mencionado doctor cuyo nombre ahora lleva un nosocomio público. Él fue quien la atendió de niña, y quien acompañó a su padre hasta su muerte.

Llegamos a la plaza central, tomamos un asiento público cerca de la estatua de Avelino Aramayo. Beatriz comienza: “aquí había tres bancos: el Minero, el Agrícola y el Nacional, por el movimiento comercial que tenía toda la región”. En la contra esquina estaba la droguería de don Julián, que fabricaba las medicinas y las vendía en papelititos celestes, rosados o blancos según el pedido, por supuesto antes de la era de las farmacias. Una de las casas que hoy es un comercio fue de refugiados judíos que huyeron de la Segunda Guerra Mundial. En aquellos años no había micros ni taxis, el transporte se hacía en bicicleta, animales o a pie. Existían dos cines, uno comercial y otro administrado por sacerdotes, donde las películas eran sistemáticamente censuradas al estilo de Cinema Paradiso, por supuesto que este último cerró pronto. Había también una tienda de helados artesanales de canela y leche. En una de las casas que señala Fernando vivía la amante de Líber, por quien terminó la relación amorosa con mi abuela. Al frente, el domicilio de las señoritas Eguía, serias y muy recatadas, acumularon dinero y luego se trasladaron a La Paz. Beatriz recuerda que esa era la única plaza que conocía, por lo que, al llegar a San Pedro, en La Paz, se decepcionó por el tamaño de los árboles que poco tenían que ver con los que estaba acostumbrada a ver en Tupiza.

En una de las esquinas de la plaza encontramos una placa: “En memoria al mártir del estudiantado tupiceño alumno del Colegio Nacional Mixto de Suipacha caído en aras de la libertad”. Fernando toma la palabra. Cuenta que Tupiza tenía fama de ser un destino revoltoso, de estudiantes de izquierda y movilizadas, incluso los maestros recién graduados la evitaban para no tener problemas. Uno de sus profesores era especialmente militante, los obligaba a ir con una imagen del Che en

la espalda. Cuando él era alumno, le tocó vivir una manifestación en septiembre de 1970. Fruto del descontento político en La Paz, los estudiantes del Colegio Nacional Suipacha salieron a enfrentarse con los pocos policías del pueblo. Estos, que no estaban acostumbrados ni preparados para algo similar, respondieron con gases lacrimógenos que no duraron mucho ni disolvieron a los inconformes. No faltó el uniformado que le disparó a un estudiante causándole la muerte y que hirió a otro, lo que enardeció a los adolescentes que tomaron el puesto policial, incendiaron la Prefectura e hicieron escapar a los uniformados. Fernando, que no tenía más de 14 años, se enfrentó y venció por primera vez a la represión del Estado, lo que marcaría su militancia política posterior. Eso no impidió que, llegando a casa, recibiera la rotunda reprimenda de su madre.

Nos desplazamos a otro lugar cargado de memoria: el cuartel. Cuando Fernando cumplió dieciocho años, luego de una decepción amorosa, se presentó al Ejército para cumplir con el Servicio Militar Obligatorio. La casualidad jugó a su favor, lo destinaron al Regimiento Chichas 7 de Caballería en Tupiza. Las experiencias fueron diversas, desde la brutalidad del trato militar, comer lagua diariamente, dormir en catres sin colchón, hasta aquel episodio en el que, volviendo en tren de carga hacia La Paz, se arruinó su vagón y los cambiaron a uno que no tenía techo pues servía para transportar autos. En Uyuni, con el frío penetrante, tuvieron que viajar a la intemperie, reunidos en grupos circulares calentándose las espaldas, y tomando alcohol para combatir el clima hasta cruzar el Altiplano y llegar a ciudad. Pero la historia más curiosa fue la del capitán Paredes, cuya guapa sobrina era pretendida por muchos soldados. Un día la joven quedó embarazada. El capitán tuvo la misión de encontrar al futuro padre: reunió a la tropa en una sola fila y amenazó con no darles su libreta de cumplimiento del servicio si no aparecía el autor. Formados con solemnidad y rigidez militar, el capitán gritó:

“Un paso al frente el responsable: ¡marche!”. Con tan perfecta como ingenua sincronización, fueron quince los conscriptos que respondieron a la orden. Las sonrisas silenciosas guardaron el secreto. La pedagogía castrense no resolvió el misterio, todos recibieron su libreta.

Hubo otra historia digna de recordar de la estancia militar de Fernando. A pocas semanas de vivir de conscriptos, a un grupo de jóvenes paceños le quedó claro que ese no era su lugar. ¿Cómo irse? No era tarea fácil ni legal. Le preguntaron si él quería fugarse, respondió que no, así que solo le pidieron indicaciones para llegar a La Paz, pues era el único que conocía todos los senderos. Una mañana salió el pequeño grupo, vestidos de uniforme, ocultando la ropa de civil bajo el brazo. Llegaron a una quebrada y siguieron por la ruta que los llevaría hasta la carretera, pero en el camino fueron dejando la ropa militar y las huellas de su paso. Cuando en el cuartel se llamó lista y constataron su ausencia, se comenzó una estricta búsqueda de los desertores. El grupo pensó que ya lograba su huida cuando tomaron un camión que por ahí pasaba, pero en la siguiente tranca fueron detenidos y devueltos al Ejército. El castigo fue crudo: primero, tres días en calabozo, y luego ir caminando a medio día hasta el centro de Tupiza enfundados con pollera y manta, sosteniendo un cartel que decía: “me voy vestido de mujer porque como hombre no puedo servir a la patria”. Cumplida la pena, volvieron al hogar. No queda claro si luego consiguieron su libreta de servicio militar de otra manera.

Llegamos a uno de los lugares que dan sentido a todo el viaje: el hospital donde nació Patricia en 1966. Cuenta Beatriz que una noche, mientras estaba en Santa Rosa, antes de irse a dormir sintió un líquido salir de su vientre. Supo que se le había roto la bolsa, Patricia estaba lista para su primer grito. Por un extraño presentimiento, llegó Elena rápidamente a la finca desde Tupiza. Cuando arribó, partieron ambas hacia el pueblo en un largo y tenso viaje que duró más de dos horas.

Beatriz, recostada, intentaba no moverse para evitar complicaciones. Ya en el sanatorio, horas más tarde nació Patricia en manos de la esposa del doctor, pues era obstetra. Beatriz se estrenaba como madre. Vio a la bebé frágil, y ella sin experiencia. Decidió quedarse un mes en Tupiza en la misma clínica hasta que su pequeña hija adquiriera peso y fuerza, y ella soltura en su nueva tarea maternal. En la puerta del hospital, Beatriz recuerda cada detalle de aquellos dichosos momentos. Mientras su relato fluye, todos escuchamos atentos cómo fueron los primeros latidos de mi hermana. Formamos un semicírculo, reproducimos el milagro de la vida debajo de un letrero que dice “Clínica San Rafael”. Pati toma la palabra: “es un momento tan lindo estar con ustedes, nací aquí pero no viví, es como si no hubiera conocido mi lugar de nacimiento. Y ahora es todavía más especial, porque la otra vez que visité esta clínica lo hice sola, hoy soy madre, vuelvo con mis hijas”. Fernando recuerda la primera vez que conoció a su sobrina, a una semana de nacer, su primer baño, sus primeros llantos. Nos tomamos una foto todos juntos, celebrando la vida que inició hace casi medio siglo.

Continuamos el viaje hacia el profundo rincón del recuerdo. Llegamos a Suipacha en 20 minutos por una carretera asfaltada construida hace un lustro en la era del auge económico. El progreso alejó la autopista, ya no pasa por el centro del poblado, razón demás para que parezca un pueblo fantasma. El lugar principal de la plaza lo ocupa un monumento con dos bustos, tres mástiles y una veintena de placas de distintos orígenes. Todas recuerdan la histórica batalla de Suipacha, cuando las fuerzas independentistas derrotaron a la tropa realista española en 1810. Se ve que, para el centenario y las múltiples conmemoraciones, muchos volcaron los ojos hacia este pueblo. Todos quisieron dejar su sello, marcar su paso: la embajada de Argentina en Bolivia, el Comité Cívico del Desarrollo y Progreso de Los Chichas, la Décima División

del Ejército de Bolivia, el Cabildo Jujeño del Bicentenario, la Sociedad Geográfica de Bolivia y el Centro Cultural Carlos Medinaceli de Tarija, los Ejércitos de Bolivia y de Argentina, el Partido Comunista Revolucionario de la Argentina, y más. Pero tanta presencia institucional contrasta con las numerosas casas abandonadas. En la plaza no hay un solo coche, no hay comercio, no hay gente, solo un burro que pasa cargado de alfalfa, al que miramos con ternura. Fernando recuerda que en su infancia conocía cada una de las casas que rodeaban el centro: una era de amigos suyos de la escuela, otra del chofer del otro hermano de Beatriz, quien lo llevaba a Tupiza.

Empezamos a caminar por las calles desiertas.

Me detengo en múltiples puertas de madera vieja y en los muros de adobe cayéndose a pedazos, en las rajaduras notorias o los techos destruidos por el tiempo. Un portal es memorable: el muro que lo rodea ya ni siquiera sostiene el techo, no hay paredes laterales, solo divide simbólicamente el interior del exterior. De la puerta, una mitad tiene el marco y la otra todavía sostiene la parte de abajo. Pero el candado y el cerrojo de hierro forjado están intactos, solo un poco oxidados. Es un candado antiguo, hermoso, envejecido, sobreviviente. Perdió su utilidad, que no su belleza. Intento sacarlo para llevármelo como reliquia, acaso como trofeo, pero no tengo la fuerza suficiente, requeriría de instrumentos demasiado sofisticados para poder traerlo conmigo. Renuncio, le tomo decenas de fotos, como si con ellas me llevara su historia.

En una esquina encontramos una casa destruida. En la puerta solo hay un nido de avispas. Fernando se para y nos explica que ahí vivía Tomás Cortés, su profesor de cuarto y quinto de primaria en el colegio, que daba todas las materias. Era un anarquista que escapó de la dictadura de René Barrientos (1964), se refugió en uno de los lugares más recónditos del país. Su labor fue fundamental: “a mí me decían ‘niño’ porque era el único de ojos claros, blanco e hijo de la patrona. El pro-

fesor desactivó todo ese sistema de diferencias, todos éramos iguales, nos llamábamos por nuestro nombre y jugábamos entre pares. Me enseñó el sentido de la igualdad y la justicia”.

Nos detenemos en un viejo muro de barro. Beatriz, mientras explica la diferencia entre tapial y adobe, empieza su relato:

La iglesia de la plaza normalmente estaba cerrada, el cura venía solo en Navidad, el 7 de noviembre –día de Suipacha– y el 15 de mayo, fiesta de San Isidro Labrador –santo patrono–. Mi madre y mi hermana mayor que eran muy católicas lo invitaban a cenar y él aceptaba gustoso. Una vez se le hizo tarde y mi tío Alfonso ofreció llevarlo a Tupiza en su *jeep*. En el camino nos plantamos tres veces, y yo repetí el viejo dicho popular: “llevar a un cura da mala suerte, no debimos haberlo traído...”.

La casa de al lado, mejor mantenida, guarda otra historia. Ahí vivían las señoritas Villagómez, honorables y ricas fruto de una próspera tienda. Era la familia élite del pueblo, pero su piel era ajada, no había recibido jamás una crema. Fernando, que era niño, cándido y sincero, las miraba en la misa dominical y repetía en voz alta en su media lengua dirigiéndose a su madre: “mami, mami, mirá las pelnas de senilita Calmen”.

Cuenta Beatriz que en aquellos años de su hacienda los campesinos se iban a Argentina a la zafra; algunos se quedaban allá, otros volvían prósperos y con nuevas costumbres. En la temporada de cosecha venían contratistas argentinos y los llevaban en tren, en bodegas de animales; se dice que, cuando pasaban la frontera, los fumigaban como animales, incluso a las cholitas por debajo de las polleras. Un símbolo de cambio era que, cuando volvían, ya no dormían en el suelo, se traían su propio catre de fierro y colchones.

Tocamos la puerta de una antigua conocida de la familia. Se trata de Alcira, que era una bordadora excepcional. Mi madre y mi abuela le pedían diseños especiales altamente sofisticados

para vestidos, tapetes y manteles. Nos abre la puerta con emoción y amabilidad, sus manos están deformadas por la artrosis, lo que no impide que nos invite una cerveza y un refresco. Nos está viendo luego de cuarenta y tres años. Entramos a su living, nos hace pasar por la puerta lateral, pues perdió hace años la llave de la entrada principal y tuvo que clausurarla. Al interior, las paredes están pintadas de celeste, tienen grandes retratos de sus familiares, todos ya fallecidos. “Estoy solita, solita me he quedado, sola, sola”, se queja, recorriendo el inventario de cada uno de los difuntos, señalando las fotos colgadas en la pared. “¿Y las señoritas Villagómez que vivían al frente?”, pregunta Beatriz. “Todas se han ido o se han muerto, en esta calle solita me he quedado, solita, no vive nadie”, responde Alcira. Las flores de plástico, las mazorcas secas de colores y algún elefante de cerámica barata sirven de adorno. El encuentro es emotivo. Beatriz —que sabe de eso— nos cuenta que la técnica con la que bordaba era muy refinada y no la quiso compartir con nadie, incluso ella le ofreció pagarle clases particulares para aprender, pero no tuvo éxito. Su trabajo se vendía en Tupiza, en La Paz y hasta en Argentina; cuando Beatriz se fue a España, sus tapetes llegaron a Madrid. Alcira se sorprende con la visita inesperada, nos sentamos todos en su sala, a hablar de los muertos. Pregunta por don Miguel, doña Teresa, don Alfonso, tíos de Beatriz, ya fallecidos; evocan a las vecinas que viajaron o murieron. Su mundo ya pasó. Se despide con cariño: “ni soñaba verlos, gracias”.

Visitamos también sorpresivamente a su sobrina que tiene una tienda a unos metros y que fue a la misma escuela de Fernando, en Suipacha, cuando eran niños. Nos trae buñuelos —“hechos en horno de leña”— con miel de caña. Nos reclama por haber ido recién luego de tantas décadas, y nos invita a que el próximo Carnaval lo pasemos con ellas. Con abrazos, prometemos volver pronto.

Toca el momento más intenso de nuestra expedición: la visita a la “casa grande” de Santa Rosa, la finca donde Beatriz

pasó su dorada infancia, y la “casa chica” que construyeron después de la muerte de José María.

Entramos por la puerta trasera. Beatriz va por delante, explicando el uso de cada uno de los espacios. “Este era el comedor –dice– y por esta ventanita nos pasaban la comida desde la cocina”. Evitando los escombros, transitamos por la sala de estar, el cuarto de sus padres, el baño que tenía incluso una tina con agua caliente. Entre tierra y plantas silvestres, vamos hacia la habitación al lado. Luego, al cuarto de juegos construido exclusivamente para que ella guardara sus muñecas. Entramos al solarío donde estaban dos cómodos sillones –uno está en mi casa en La Paz–. Pasamos al escritorio y a los tres cuartos que albergaban la generosa biblioteca. “Desde esta ventana mi papá me miraba jugar”, afirma Beatriz con una nostalgia que la invade, que nos inunda a todos. De la casa solo quedan los adobes, un azulejo adornado en el piso, un diminuto pedazo de vidrio de lo que fue un vitral y un elegante adorno encima de los arcos del solarío de la entrada. Han pasado setenta años de la época de gloria. Solo queda tierra, polvo, plantas, insectos. Las ventanas se cayeron, no quedan ni los marcos. Las puertas son huecos que dejan el paso libre, la gente se llevó hasta la viga superior de madera que se supone sostenía la estructura. Ningún techo quedó en pie. Entro al escritorio de José María, desde donde escribía sus artículos para enviarlos a La Paz cobijado en los cientos de libros alrededor; desde donde planeó y administró su finca, donde hizo cuentas y logró pagar todas sus deudas, desde donde miraba crecer a Beatriz con la certeza de que no la acompañaría por mucho tiempo. Lo imagino con su pelo cano como sale en las fotos, elegante e inteligente. Me dan ganas de hacer coincidir su tiempo y el mío, sentarnos a charlar de política y literatura, de aprender tantas cosas del abuelo amado y admirado en la distancia, abuelo al que solo conocí por fotos y palabras. Y lo quiero más. Mientras paseo por las ruinas de lo que fueron los años dorados de mi madre, mis hijas juegan afuera dándole de comer a un caballo.

Continuamos la ruta hacia la casa pequeña, donde vivió Beatriz ya de adolescente, luego de la muerte de su padre; es la que construyó en la finca suya, como parte de su herencia. Se encuentra a unos quinientos metros. Mi madre decide no ir, luego confesará que no le hizo claudicar la distancia, sino que quería evitar la impresión de volver a un lugar que no era el mismo, suficiente tristeza había tenido en el día. Vamos a pie por una chacra que antes era una senda de tierra. En el camino vemos una construcción en ruinas, Fernando nos explica que fueron los cuartos construidos por Elena como oficina de administración; están completamente abandonados, cayéndose de viejos y por la falta de uso. Llegamos a la casa, está habitada, pero en ese momento no hay nadie. Una puerta fue clausurada, una ventana se convirtió en el ingreso. Nos indica cuál era el cuarto de mi madre, cuál el suyo y el de Elena. Todo está diferente. Nos trepamos en una pequeña loma y podemos mirar el patio interior, tenemos fotos de mi abuela en él, con mi hermana y mi madre. Fernando nos indica el lugar donde se tomó una foto a Beatriz, aquella donde está sentada, mirando hacia el futuro, con su casa en el fondo de la imagen. Entramos a un pequeño cuartito anexo, solo hay instrumentos de trabajo en el campo, pero Fernando encuentra varios objetos que lo transportan en el tiempo; no se han movido desde aquellos años, están intactos: “En esta lata con vidrio venían unas galletas argentinas, mamá Elena las guardaba y en ellas ponía luego sus propias galletas; este panero lo hice yo en un taller en la escuela usando una lata de leche; esa era una montera que usábamos a menudo”. En medio de su narración, nos atacan unos moscardones que nos obligan a huir del cuarto sin poder llevarnos ni siquiera el panero de lata.

Nos vamos con la misma nostalgia, con ese sentimiento extraño de visitar un cementerio que todavía alberga algunas memorias que se niegan a morir.

Queda la última parada: Nazareno, a tres kilómetros de Suipacha, la aldea en la que sucedió la importante batalla en

1812 y por donde pasaba la línea del ferrocarril, ahora en desuso. Es en ese tránsito donde alguna vez, nos cuenta Fernando, un gringo que venía en el tren se compró una tuna y la empezó a comer sin pelar, como si fuera una manzana, para asombro y risa de todos los lugareños que veían perplejos cómo sus labios retenían todas las espinas irritándose al instante.

El caserío perdió vida. Nos detenemos frente a lo que fue el hotel de don Marcos Lozano, el único en el pueblo, hoy por supuesto abandonado. Todavía tiene algunos vidrios, la puerta firme y un aire señorial en retirada. Cuenta mi madre que ahí se realizaban grandes fiestas a las que acudía toda la élite de la región, bien arreglada, a lucir vestidos y cuerpos. Había música, comida, incluso un piano de cola. Don Marcos logró un original formato familiar: tenía una esposa y cuatro amantes, todas vivían en la misma casa y la cónyuge oficial organizaba el quehacer interno del mundo femenino. Los hijos iban y venían sabiendo que compartían un mismo padre y diferentes madres. Eso sí, Cleofé, la amante que no vivía con ellos, dueña de la tienda más surtida del pueblo y preferida de don Marcos, era abiertamente condenada y marginada: no tenía pisada en el hogar. Don Marcos poseía también otras habilidades, sabía poner inyecciones y hacía el juego de médico. Lo llamaban requiriendo sus servicios y acudía montado en mula, con terno, saco y corbata.

Pero Nazareno, donde está la estación de ferrocarril Balcarce, es más que eso para mi familia. Cuando nació Patricia en 1966, mi abuelo paterno, el general Hugo Suárez Guzmán, era ministro de Defensa. Mi abuela Elena le había enviado un telegrama informándole sobre el alumbramiento que los convertiría en abuelos. Primera nieta por ambos lados. Por un viaje laboral, el ministro tenía que ir a la zona en tren. Hizo todo lo necesario para realizar una pausa en la estación. Mi madre y mi abuela arreglaron a la bebé, le pusieron por primera vez un vestidito, azul, vistoso, elegante, la peinaron y partieron. Fue el mágico encuentro del abuelo con su primera nieta.

V. EL VESTIGIO

Mientras caminamos de la “casa grande” hacia la “casa chica” por un sendero de tierra, hacemos una pausa y pregunto a Beatriz: “Mamita, ¿dónde estamos?”. Mira hacia las montañas rojas del fondo, hacia un sauce llorón que nos acompaña en la orilla, toma su tiempo, y responde con palabras cortadas: “Estamos en Santa Rosa, pero en otra Santa Rosa, no en la que tenía en la cabeza y en la que he vivido”. “Entonces, ¿dónde estamos?”, insisto: “No sé, no sé en qué Santa Rosa, nada es igual”.

Se dice que los primeros años de vida marcan el resto de la existencia. Beatriz tuvo una infancia feliz, un pequeño paraíso que se derrumbó con la muerte de José María. En su adolescencia y juventud, la finca, la nueva, estuvo siempre presente. Jugó con sus primos, montó a caballo, fue reina de belleza, viajó a La Paz, leyó mucho y se hizo adulta. Cuando conoció a mi papá, se abría una nueva etapa. ¿Dónde queda una hacienda en el sur de Potosí en la vida de una joven guapa, inteligente, que se quiere comer el mundo? Beatriz se casó con mi papá en La Paz, nació Patricia, empezaba una nueva familia, su familia. Luego de encuentros y desencuentros, a un paso del divorcio, Beatriz volvió a su finca. Mi padre fue a buscarla, tenemos fotos memorables de aquel reencuentro, mi papá montado en los caballos, ambos gozando de la vida de campo y disfrutando de la bebé recién nacida. La vida la empujaba a otro destino: Madrid. Partió a finales de los sesenta, con su hija en brazos. Luis la esperaba en Europa, era agregado de prensa en la Embajada de Bolivia en España mientras estudiaba sociología. Faltaba poco para que naciera yo, en 1970.

Los caminos no siempre coinciden. Beatriz en Europa, Elena y Fernando en Santa Rosa. La diáspora familiar había comenzado, o al menos eso parecía. Su proyecto de vida se dirigía hacia lo urbano, con una inserción laboral, profesional, universitaria. Empezaba a dejar su pasado. Tomó una decisión tan difícil como contundente: vender la finca, quemar las naves. Mandó un telegrama a su madre Elena con la instrucción desgarradora. Mi abuela no entendía bien cómo se iba a deshacer del lugar que amaba, el territorio que guardaba su pasado. Todos lloraron, sabían que se cerraba definitivamente un capítulo. Varias décadas pasaron y todavía recuerda: “es una de las experiencias más tristes: vender mi finca. Yo no quise estar en el proceso, venir a entregarla ni nada. Mi mami hizo todo. Ella y Fernando salieron sollozando cuanto la tuvieron que dejar”. Alivianar la valija duele. Soltar amarras. Por eso la última vez que vinieron a Tupiza, en el viaje anterior (del año 2004), no quiso ni visitar la hacienda: “no tenía valor civil de ver mi Santa Rosa que ya no era mía”.

En la travesía del 2014 sí asumió el desafío de visitar Santa Rosa, aunque solo la “casa grande”, por el contexto familiar que era muy amable y casi festivo. Al final de la jornada, luego de haber caminado por los patios interiores del recuerdo, nos sentamos los dos solos en una terraza del hotel. Le pido que me comparta sus sentimientos de la jornada. Empezamos con la melancolía impregnando sus palabras:

Yo quería explicar a mis nietas cómo era, aquí había unos patos con su lagunita, allá el palomar; aquí unas rosas, allá un jardín, pero es un desastre lo que he visto, no podía mostrarles nada. Nunca pensé que se podía destrozar tanto un lugar, llegar a ese extremo de destrucción, sacaron cosas que no era necesario hacerlo: los maceteros de la entrada, las rosas, un arbolito de durazno que yo planté. ¿Para qué lo quitaron? No era necesario. Sentí desasosiego, no sé si pena porque la pena se pasa, sino una triste-

za inexplicable. Quedan solo ruinas, hasta los hermosos sauces los han talado. Lo único que queda lindo son los terrenos verdes con el contraste de los cerros rojos. He sentido mucha, mucha tristeza, creo que me va a durar siempre. Voy a tratar de borrar esa imagen de mi mente y quedarme con la otra, con la linda. Me dio pena que ustedes no hayan visto cómo fue. Me quedo con un sentimiento de no saber qué hacer frente a lo inevitable, frente al destrozo. No sé, difícil de explicar.

Sin duda. Es difícil de explicar. Difícil ponerle palabras al devastador del paso del tiempo, al abandono, a la muerte de lo que fue.

Para Fernando tampoco es fácil. Tupiza estuvo demasiado presente en su existencia de distintas maneras, vivió miles de historias. Alguna vez, su primo Alfonso le hizo una broma contraproducente. Fueron a una colmena, le dio un palo y lo desafió a que la golpee con fuerza. Ingenuo, el niño siguió la instrucción al pie de la letra y se quedó quieto, mientras que el primo salió corriendo. Las abejas furiosas volaron tras el agresor, pero persiguieron al que estaba en movimiento. Cuando llegaron a casa, Fernando no tenía nada; Alfonso, varias picaduras en todo el cuerpo.

De pequeño, Fernando tenía la costumbre de dormir con su almohada y chuparle las puntas, llamándola con ternura “mi *ñañañancita*”. Su madre, sin saber qué estrategia utilizar para que dejara en paz las almohadas luego de haber arruinado varias —y ella zurcirlas regularmente—, inventó una historia vinculada a la cotidianidad rural. Era común que algunas noches llegara el zorro y causara estropicios entre las gallinas, alborotando todo a su paso; la única salida era que el tío Alfonso, hermano de Elena, quien entonces vivía con ellos, saliera escopeta en mano a espantar al zorro. A Elena se le ocurrió decirle al pequeño que, la noche que pasó el raposo, se había llevado también su *ñañañancita*. Desde entonces, varias noches de luna llena, cuan-

do el astuto animal podía asomarse, Fernando salía a la ventana a gritarle: “¡ztorro, ztorrito, devolveme mi *ñañañancita!*”.

Tanto la infancia como la adolescencia de Fernando ocurrió, en plenitud, en Tupiza. Por temporadas vivió solo en el pueblo, otras en la finca. Aprendió a leer, a escribir, a pensar, a movilizarse. Tuvo amores, sexo, amigos, cultura, aventuras. También enfermedades y dolores. Alguna vez le dio una tuberculosis que casi lo mata; el doctor que lo atendía estaba asustado, el paciente hervía de fiebre y llegó a vomitar sangre, impresionando y asustando a todos. En su tránsito hacia la adultez, el rito de paso que es el Servicio Militar le tocó hacerlo ahí. Aprendió de política, de equidad social, siendo él un hombre blanco de ojos claros. Por décadas, el Fer se soñó con la finca. Había escuchado de personas que visitaron la zona, que hubo importantes progresos, construcciones, casas, carreteras. Hasta sus sueños cambiaron el pasado; Tupiza aparecía de otra manera, más próspera, dinámica. Por algo no había vuelto durante cuarenta años, acaso porque presentía el desencanto. Y sí, la ciudad cambió notablemente, pero no como en sus sueños: “llego ahora a Santa Rosa y no hay casas en los terrenos, ni una sola, puros sembradíos, no hay nada. La ‘casa grande’ y la ‘casa chica’ en ruinas. Es muy deprimente porque yo viví en esas casas tantas cosas, verlas ahora destruidas, cayéndose, abandonadas, es una tristeza profunda la que me invade”.

Su dolor se hace cuerpo. No puede sostener el llanto, sollozando se le entiende decir “no tengo ganas de volver”.

Cierto. De Santa Rosa no queda ni el eco del grito que fue –pensando en Sabines–. ¿Será mejor dejar a los recuerdos ser pasado?, ¿guardarlos en una caja que detenga el tiempo, como una fotografía que solo se marchitará lentamente con los años hasta que desaparezca?, ¿evitar el abrupto encuentro entre realidad y memoria? Vivir en el desfase, en el relato sobre lo que fue, y no lo que ahora es; tal vez sea más sabio que provocar un reajuste doloroso, crudo, acaso innecesario. No lo sé.

VI. TUPIZA DESDE LA PAZ

Tanta historia no se diluye con facilidad. Santa Rosa siguió en los relatos de sobremesa de mi casa. Los personajes, los paisajes, los episodios eran recurrentes, en voz de mi madre, de mi abuela, de Fernando, o de algunas visitas que alcancé a conocer. Todo remitía por sorprendentes conductos a Tupiza. Aquí van algunos relatos inolvidables.

Don Meleán

Don Meleán era el capataz de la finca que, por alguna razón difícil de conocer, vestía impecable terno, corbata y sombrero, que no se sacaba ni para comer. La costumbre era dejarlo en la puerta de entrada de cualquier lugar cerrado, pero Meleán se resistía. Y más: se desplazaba normalmente en caballo, no iba a ningún lado que no fuera montado. Los años, entre el caballo y el sombrero, moldearon su cuerpo. Quedó calvo y con una raya en la frente casi imborrable, y cuando desmontaba, sus piernas hacían un arco, causando gracia a todos. Por su peculiar aspecto, perdió respeto entre los peones, que se hacían la burla diciendo que un perro podría atravesar entre sus rodillas. En un lugar donde el liderazgo se lo gana con el cuerpo, con los años, don Meleán perdió la autoridad y el empleo.

Dorita

Elena tenía una costumbre particular: iba de Santa Rosa a Nazareno en caballo a tomar una Coca-Cola en el elegante coche comedor del tren que, rumbo a La Paz, hacía una pa-

rada en la estación Balcarce. Era un tiempo corto, pero suficiente para socializar, escuchar noticias de lo que sucedía en la ciudad, consumir productos que no había en la finca. Se trataba de una de las pocas actividades sociales que tenía. En cierta ocasión, para el traslado escogió el potro *Kaiser*, que justo en ese período compartía el establo con una yegua en celo para que crucen. *Kaiser*, claro está, tenía prisa por volver. De regreso, una empleada, Dorita, le preguntó si la podía llevar en ancas para que el trayecto no fuera tan pesado caminando. Elena, que era una amazona experimentada, accedió sin problema. En la ruta, *Kaiser* se puso nervioso por la prisa por volver, desbocó y Elena no lo pudo controlar. Dorita, que no tenía cómo asirse al animal, salió disparada con triste suerte. Se golpeó la cabeza al caer y murió instantáneamente. Elena quedó impresionada, devastada. No volvió a subir a nadie en su caballo.

Carmela

Llegó, a ojo de buen cubero, con catorce años encima a la finca de mi tío Jorge en Yungas a ofrecer sus servicios; habrá sido a mediados de los cuarenta del siglo pasado. Cuando le preguntaron qué sabía hacer, respondió “nada, pero puedo aprender cualquier cosa”. Fue contratada por lástima. Era de corta estatura y generoso volumen, morena, cabello negro como sus ojos. Risueña, agradable e inteligente, se quedó a trabajar en casa y no se separó de la familia hasta su muerte. Pasó de ser empleada de mi tío a ser niñera de mi mamá en La Paz, luego las acompañó a Santa Rosa, cuidó a Fernando, y siguió todos los desplazamientos familiares con múltiples oficios.

Carmela no conocía su historia, ignoraba todo dato de su pasado, así que decidió crearse una vida y nutrirla con todo lo que se encontraba en el camino. Empezó buscando un apellido. Mi abuelo José María tenía un grupo con el que jugaba regularmente ajedrez en casa, todos caballeros ilustres de la

época; uno de ellos se llamaba Aurelio Calderón de la Barca. Cuando Carmela escuchó el coqueto apellido, quedó encantada y decidió adoptarlo. Ya tenía un nombre completo: Carmela Calderón de la Barca. Pero todavía quedaban espacios libres para llenar un carnet de identidad. Supo que el festejo de la Virgen del Carmen es el 16 de julio, además, día de La Paz; todo cuadraba: tuvo fecha de nacimiento. Lo del año y demás detalles faltantes fueron resueltos frente a un notario de pueblo, donde la llevó mi abuela para inscribirla.

Carmela fue niñera cuando mi madre era pequeña y luego pasó a ser empleada doméstica. Mi abuela tenía la costumbre de enseñar a las sirvientas a nadar, bordar, leer y escribir. Carmela fue muy buena alumna, aprendió todo menos las letras –solo supo firmar–; por ello no podía leer una receta, lo que no le impedía retenerla de memoria. Su proceso pedagógico no reposaba en la libreta de anotaciones, sino en la experiencia, acuñó una máxima que luego repetimos en la familia hasta el cansancio: “no me digas cómo hacer, haremos”. Y claro, una vez aprendido el procedimiento, no se le olvidaba más.

En una ocasión, mis padres estaban discutiendo a puerta cerrada. Entró Carmela bruscamente y, subiendo el tono y con el dedo índice alzado, se dirigió a mi padre: “No le vas a gritar, porque esta es una niña, y a mi niña nadie le grita”. Desde entonces bajaban la voz cuando discrepaban para impedir que volviera a intervenir.

Le gustaban las fiestas y los alcoholes; cada que llegaba una celebración religiosa, desaparecía por tres días y volvía con los ojos demacrados, mostrando el dejo de la fiesta. Y claro, luego llegaban los hijos y Carmela no podía identificar con claridad al padre; el cálculo era religioso: si nace en febrero, entonces fue la fiesta de tal Virgen; si es en marzo, entonces es de otra.

En la época de la dictadura, todos dejamos mi casa de San Miguel por temor a que los paramilitares fueran a buscar

a mi padre y arrasaran con todo. Le pedimos a Carmela que también dejara el domicilio porque no era seguro. Batalló, no quería separarse del hogar, tuvimos que convencerla de la brutalidad del régimen. Aun así, en el tiempo que estuvimos fuera, todos los días iba a ver si la casa seguía en pie.

Tuvo una relación estrecha con mi abuela y mi madre –y de paso con nosotros–. Se trasladó a Cochabamba a acompañar a su hijo. Un día se enfermó, fue al hospital y murió pidiendo ver a “mi madrina de La Paz”. Nos enteramos tarde de la partida de Carmela Calderón de la Barca, se fue con muchas historias, recuerdos y cariño.

Julia

Don Clemente trabajaba en la finca de José María. Era un peón responsable y cumplido, con familia numerosa. Sus cinco hijos vivían en Suipacha, la pareja hacía maravillas para darles una educación. El mayor, Carlos, pudo ir a La Paz a estudiar en la universidad pública con un esfuerzo enorme. Se graduó de ingeniero y se casó con Julia, originaria de Uyuni, que también cursaba sus estudios en la ciudad. Pronto empezó a trabajar en la Compañía Boliviana de Energía Eléctrica, donde hizo una carrera notable. La pareja joven empezó su vida juntos con enormes dificultades económicas, vivían en un cuarto rentado y con mucha austeridad llegaban a fin de mes. Pero el trabajo del marido y la visión económica de ella les permitieron ir acumulando capital. Vivieron en distintas plantas eléctricas, gozando de los beneficios de la empresa, como vivienda y gastos extraordinarios. Aprovecharon magistralmente la hiperinflación del Gobierno de la Unidad Democrática y Popular (UDP) en 1982 y los dólares que tenían se vieron milagrosamente multiplicados. El dinero que lograron ahorrar lo invirtieron en una casa en San Miguel, sin prestarse del banco, para evitar deudas y verse obligados a pagar intereses. Primero una casa muy chica, pero luego llegaron otros

ingresos y pudieron adquirir otra más. Con la jubilación de Carlos, elevaron un edificio de seis pisos, siempre controlando ellos los gastos y las inversiones. En la actualidad, tienen una fortuna notable, viven en el último piso de su construcción en la avenida Montenegro, la más cara del lugar; todos los demás departamentos están rentados, además de las tiendas de la planta baja. Sus tres hijos estudiaron en el extranjero licenciaturas y posgrados, no viven con ellos. Pronto serán abuelos. Consciente de su origen social y económico, Julia les repite a sus hijos: “nosotros salimos de la nada. Esto ha costado mucho, tenemos que cuidarlo y protegerlo, esto es nuestro patrimonio”. Tupiza está enterrada. Etapa superada.

El Pedrito y el Ichico

El Ichico fue traído de Tupiza a La Paz por mi tía Yola cuando apenas tenía once años. La idea era que recibiera educación pues, siendo un niño muy listo, podría tener otro futuro más allá del campo. El primer día mis tíos lo subieron a su auto y lo hicieron pasear por toda la ciudad. La intención era impresionarlo. Al final del día, la pregunta obligatoria era qué le pareció la urbe, su respuesta fue sencilla: «pueblo grande es».

A finales de los setenta, llegó a casa Pedrito, hermano del Ichico, hijos de Modesta, que fue una empleada que tuvieron en la finca. Ella era sorda, el oído se apagó cuando se le metió una garrapata e intentó sacarla con un croché, lastimándose definitivamente el tímpano. Pedrito apareció un día en casa sorpresivamente. Se presentó diciendo quién era su madre, lo que fue suficiente para ser bien recibido. Él ejercía liderazgo en Suipacha, por lo que varios partidos políticos lo habían intentado cooptar para que fuera su dirigente. Por una razón muy pragmática, con mayor mediación económica, optó por Acción Democrática Nacionalista (ADN), el partido del exdictador Hugo Banzer, que buscaba ganar las elecciones luego de sus siete años de gobierno de facto. Y claro, llegó a

mi casa, en el tiempo de intensa militancia de izquierda de mi padre, dirigente del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR). A su llegada no hubo una discusión ideológica, a Pedrito en realidad no le interesaba la política, y de hecho quedó decepcionado por lo poco eficiente de su esporádica adscripción, pues al llegar a La Paz no recibió ningún beneficio ni trato especial por parte de ADN. Mi padre tuvo largas y pedagógicas charlas con él, explicándole las razones de la izquierda democrática, incluso le dio a leer a Marta Harnecker. Cuando Pedrito volvió a su tierra ya era otro. Devino dirigente tupiceño del MIR y articulador de un núcleo político. Poco tiempo después nos enteramos de que murió siendo muy joven. Su partida fue dramática, se atoró con una pasankalla que lo asfixió sin que nadie pudiera auxiliarlo. El destino es caprichoso: estaba en un velorio.

Señora Victorita

Una de las visitas memorables fue la de la señora Victoria, nombrada Victorita de cariño. Ella no fue trabajadora de la hacienda de mi abuelo, más bien le rentó un cuarto a mi madre cuando nació mi hermana en Tupiza. La amistad fue larga y amorosa. Su marido, don Eusebio –con quien tenía tres hijos–, fue contratado por mi abuela en Santa Rosa porque era muy responsable, serio, sabía de riegos, de animales y tenía don de mando, por lo que los peones le obedecían. Aunque vivía en Tupiza, rentaba un cuarto en Santa Rosa, desde donde cumplía su función laboral los días de semana. En sus manos, la finca marchaba de maravilla. En 16 de julio, mi abuela festejando el día de La Paz, le llevó un coctelito que fue rechazado con un “no, señora Elenita, muchas gracias”. “Don Eusebio es una maravilla de trabajador –pensó mi abuela para sí misma–, ni bebe”, tema que era especialmente problemático en la región.

Sucede que, en cierta ocasión, vaya a saber por qué, don Eusebio fue al pueblo, vendió un reloj despertador que era su símbolo de puntualidad y responsabilidad, y se compró una lata de alcohol. No apareció para trabajar. Mi abuela fue a su cuarto a buscarlo, abrió la puerta a la fuerza y salió un olor fuerte a trago. Lo encontró tirado en la cama, con las piernas y brazos abiertos colgando por los bordes del colchón, roncando. Su ropa estaba enlodada, sucia, se ve que se había arrastrado en el barro. Elena fue a llamar a su pequeño hijo Fernando para que vea cómo degrada el beber; el niño solo dijo, en su lengua infantil: “huele a *costel*”. Tuvo que ir su esposa, la señora Victorita, a recogerlo, se lo llevó con todos sus enseres. Fue entonces que le contó a mi abuela que don Eusebio podía estar meses sin probar alcohol, pero que por alguna razón “se le abría la tripa” y era imparable. Desaparecía por varios días y bebía hasta perder la compostura. Él, que era un caballero educado y ceremonioso, terminaba entre pleitos y desmanes, tanto que la señora Victorita tenía que llamar a la Policía para controlarlo. Lo metían preso unos días contra su voluntad, y luego volvía el hombre serio y recatado.

La señora Victorita no supo qué hacer con el marido alcohólico y los episodios de borracheras recurrentes. Fue donde el farmacéutico del pueblo, que le recetó una pastilla en la comida de por vida. Obedientes, la pareja cumplió con la fórmula misteriosa. El resultado fue exitoso, don Eusebio le dijo a su esposa: “Ay, hijita, creo que Dios me ha escuchado, ya no tengo ganas de beber, incluso huelo a cerveza o a cualquier tipo de alcohol y lo rechazo”. Pero la medicina requería control médico y había contraindicaciones. Un día llegó un compadre a casa; en una muestra de amistad, lo invitó a tomar unos tragos. Vaya a saber qué pasó, pero, luego del primer sorbo, don Eusebio quedó tieso. Murió de un infarto.

A mediados de los ochenta, la señora Victorita llegó a La Paz para acompañar a su hija Remedios, enfermera que había

ganado una beca. Se quedaron como seis meses alojadas en el departamento pequeño atrás de la casa de mi madre en San Miguel, pero la condición era que tenían que compartirlo con una inquilina a quien se le rentaba una habitación. La inquilina en cuestión, que había estudiado en Alemania, le pidió a mi mamá si podía recibir a una amiga suya por unos días, solicitud que no tuvo impedimento. Un día Remedios y Victorita escucharon ruidos extraños en el otro cuarto, salieron al jardín y, por curiosidad y precaución, espionaron por la ventana. La sorpresa fue que encontraron a dos mujeres haciendo el amor. Claro, nunca habían visto una escena de esa naturaleza; al contarle a mi madre, decían: “igualito que hombre y mujer se acariciaban”. Ese día descubrieron qué era una lesbiana.

Cuando llegó el tiempo de partir luego de su estancia pacaña, la señora Victorita trajo una planta que encargó a mi abuela. El mensaje era explícito: “si la plantita está bien, es que yo también estoy bien; si no, es que me estoy muriendo”. Años más tarde, ambas murieron.

VII. EL REGRESO

Todo plazo se cumple, todo viaje termina, todo libro se cierra. El paseo por Tupiza del 2014 está por concluir, así como las páginas de este escrito. Mientras preparo mi equipaje para ir a la estación de tren, voy repasando lo vivido. Palabra tras palabra, imágenes, momentos, grabaciones, fotos. Todo está entremezclado, trenzado, enredado; intento darle orden a la tormenta de sentimientos. Llegamos al andén. Nos paramos frente a la cámara: once almas que vivieron cinco días juntas, ahora mirando a la foto que será el sello de lo que pasó, la vuelta de página de estos días llenos de emociones.

Repito la operación de inicio del viaje. Cuando cada uno está instalado en su asiento en el convoy, lo recorro con mi cámara preguntando qué se llevan. Las niñas prepararon una respuesta: “es un viaje de diversión y aprendizaje”, dicen, y Canela complementa: “los tamales son más ricos en México”. Anahí está feliz porque encontró una piscina. Para los adolescentes fue un viaje a los recuerdos que no eran *sus* recuerdos, las ruinas de una historia que ahora son parte de *su* historia. Fernando y Pati tienen el corazón lleno; él resignificó su territorio del pasado, ella le puso rostro a los nombres que aparecían en tantos relatos; le imprimió color y forma a lo que solo había escuchado, revisitó el lugar donde vio la luz, ahora con sus retoños —como nos llamaba mi padre, José Luis— y con la familia que adora. Betina mira por la ventana, el tren empieza a partir, como dejando la melancolía en la estación, dice que está feliz por todo lo que compartió en esas jornadas tan intensas.

Me ubico en mi lugar, me invade la cueca que tantas veces he cantado:

Cómo te ha puesto el tiempo, mocita del valle.
Te lastimaron, te destrozaron, cómo te han puesto,
ya no sonrías, ya no palpitas, cómo han puesto [...].
Lloran tus ojos, sangra el alma.
Pero no importa, no sufras tanto, vuelve a la vida.
Viene llegando de nuevo el sol a tu esperanza.

Pienso en Tupiza, en Santa Rosa, en la idea de viaje como separación, encuentro, reencuentro, retorno.

Y me devuelvo la pregunta que hice a todos. ¿Qué fue para mí todo esto? ¿Qué me llevo de este viaje?, ¿qué me dio escribir este libro? Este fue un recorrido por mi pasado. Fue ponerle materia, olor, vida, a las historias que me acompañaron en voz de mi madre y mi abuela. Fue conocer, admirar y querer más a José María, al que no conocí, al que no alcancé y al que le debo tanto. Fue entender a Elena, su tierna ingenuidad, sus disputas, sus decepciones. Fue ver a Betinita, niña feliz cruzando sus jardines. Fue conocer más a Fernando, mi tío-hermano. Fue imaginar a Pati en sus primeros escenarios, regalando sonrisas. Fue conocer mejor mis orígenes, mirarme en el espejo que refleja el pasado cuando yo no estaba en la tierra. Fue asumir la vieja sentencia “todo lo sólido se desvanece en el aire”. Abro la ventana que está al lado de mi asiento en el tren, escucho la cadencia de las ruedas chocando los rieles; crece, se mueve. Las montañas rojas nos cobijan, los sauces llorones, que tanto marcaron a Beatriz, adornan. Me siento más pleno, llené un vacío. Me rodean todos a quienes amo y sé que me aman. Tengo paz. Parte el tren, todo se mueve. Es tiempo de seguir, de cerrar este viaje hacia los recuerdos, de poner punto final a estas páginas.

Esta edición se terminó de imprimir
en julio de 2025, en los talleres de
GRUPO IMPRESOR S.R.L.
Av. Abdón Saavedra N° 2120
Sopocachi, La Paz, Bolivia